



SÍNDONE

JUAN CARLOS BOÍZA LÓPEZ

Diseño de cubierta: Juan Carlos Boíza López

Ilustración de cubierta: © 2007 Juan Carlos Boíza López

Copyright © 2007 Juan Carlos Boíza López

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-1-84753-510-8

PRÓLOGO

JERUSALÉN

Domingo 9 de abril del año 783 de Roma

1

La brisa de la mañana hizo temblar el cuerpo del anciano mientras se dirigía con paso firme y presuroso hacia las afueras de la ciudad. Tenía las manos heladas y no podía dejar de frotárselas con nerviosismo. Las acercó hacia su rostro para calentarlas con su propio aliento e inmediatamente un leve olor a áloe inundó sus fosas nasales haciéndole estremecerse. Su destino se encontraba ya cerca. Atravesó un gran arco de piedra que cruzaba la calzada de lado a lado girando después a la derecha hasta alcanzar la esquina de una vieja casa en mal estado. De pronto, entre las sombras, apareció una figura oscura de andar inseguro y aspecto desaliñado. En un principio le pareció un mendigo o un vagabundo, de los que abundaban en las calles de Jerusalén pidiendo limosna u ofreciéndose para los trabajos más abyectos. Sin embargo, un examen más detallado le reveló que debajo de su pelo enmarañado y del polvo y la tierra que cubrían sus ropajes, se escondían telas caras con preciosos bordados que sólo podían permitirse personas de posición acomodada. El anciano, intimidado ante el aspecto enloquecido que los ojos circundados por grandes ojeras e inyectados de sangre conferían al desconocido, intentó no mirarle y continuar su camino con rapidez, pero el hombre, dirigiéndose directamente hacia él, se interpuso en mitad de la calzada.

- ¡Rabino! – gritó – te conozco. Estabas con ellos...

- No sé de qué me hablas - respondió el anciano intentando escabullirse sin éxito, ya que el desconocido se agarró a sus ropas con manos de hierro.

- Eres Nicodemo. Te vi con sus discípulos. Dime, ¿es cierto lo que cuentan?

- Te ruego que me permitas continuar mi camino. Llevo prisa y es importante mi misión – le contestó intentando apartarlo con un gesto educado de la mano.

- Dicen que Jesús ha vuelto... ¡Que está vivo! - el hombre comenzó a sollozar escondiendo el rostro entre las manos.

El anciano se sintió conmovido y, olvidando la premura de su viaje, se acercó a él para intentar consolarlo y averiguar el motivo de su aflicción.

- Si fuese cierto que ha vuelto, ¿por qué te afecta tanto? ¿No sería acaso una buena nueva que él fuera el Mesías y estuviese entre nosotros? – preguntó al hombre mientras le agarraba de los hombros intentando incorporarlo para que abandonase su postración.

- No lo entiendes. Si Jesús era el Mesías yo ya no tengo salvación.

- ¿Por qué dices eso?

- Porque yo estuve allí cuando le juzgaron. Estaba entre la multitud, entre los hombres a los que el procurador romano pidió que eligiesen a quien indultar y fui de los que gritó Barrabás. ¡Que Dios me perdone! ¡Grité Barrabás! – el cuerpo entero del hombre empezó a convulsionarse mientras las lágrimas recorrían su rostro.

- Deja de afligirte. Me has reconocido bien. Soy Nicodemo, uno de sus seguidores, y te digo que si algo predicó con fuerza Jesús fue el perdón. Así que no temas nada pues estás arrepentido de corazón y eso es suficiente ante el Señor. Ve a casa con tu mujer y tus hijos y se un hombre bueno a partir de ahora.

El hombre pareció calmarse, su cuerpo dejó de temblar y su mirada se volvió más clara mientras contemplaba al anciano con agradecimiento. Tras besar la mano a Nicodemo comenzó a alejarse con paso indeciso hacia el interior de la ciudad.

Nicodemo se preguntaba si habría actuado bien. Acababa de decir a un judío que sus pecados no eran tales y que Dios se los perdonaría por el mero hecho de arrepentirse, lo que chocaba claramente con la Ley. Además, era la primera vez que reconocía abiertamente ser seguidor de Jesús. Hasta aquel momento, cuando alguien le había preguntado, se había limitado a decir que veía con simpatía alguna de sus prédicas, pero siempre había aclarado a continuación que era un cumplidor estricto de la Ley. Si el hombre con el que acababa de hablar era un enviado de Caifás, acababa de confesar lo que sería considerado una traición y probablemente le enviasen a prisión o quizá algo peor. El

temor a que el Sanedrín hubiera empezado una caza de los seguidores de Jesús apareció en su mente como una posibilidad clara. No obstante, era demasiado pronto. No habían tenido tiempo de reunirse, acababa de empezar el domingo y aunque Caifás no había tenido reparo en saltarse las normas en el juicio de Jesús convocando el Sanedrín de noche, lo cual estaba explícitamente prohibido, convocarlo el sábado era algo a lo que nunca se hubiese atrevido. Además, si hubiese habido algún tipo de decisión así, le hubiesen llamado, ya que pertenecía al grupo de escribas de Sanedrín.

Nicodemo era uno de los sanedritas más valorados entre los teólogos y juristas que componían el grupo fariseo. Nadie tenía motivos para sospechar que era un seguidor del Nazareno. Se le consideraba un excelente intérprete de la Ley y, no en pocas ocasiones, sus razonamientos habían servido para castigar a aquellos que se habían alejado del espíritu de la Torha⁽¹⁾. Pero había sido precisamente la visión privilegiada del funcionamiento del poder religioso, que su cargo le había permitido, lo que le había llevado a plantearse cada vez con más insistencia la injusticia de sus actuaciones. Con impotencia había contemplado como se acrecentaba el cinismo de jueces y senadores, que obsesionados por la letra de la Ley, se alejaban cada vez más de su verdadero espíritu. Por eso, cuando vio a aquel desconocido al que sus seguidores llamaban Jesús expulsar a los cambistas y comerciantes de palomas del Templo y oyó sus palabras “*Mi casa será casa de oración, y vosotros la habéis convertido en cueva de ladrones*”, sintió que aquel hombre especial gritaba al viento lo que él ni se atrevía a pensar, pero que en el fondo de su corazón sabía que era la auténtica verdad.

Después de eso siguió sus prédicas con discreción, hasta que una noche se decidió a hablar con él. La conversación que mantuvieron fue algo que Nicodemo no olvidaría jamás. Las palabras que le dirigiese el Maestro y que entonces no supo interpretar, se aparecían ahora ante él con claridad prístina, mostrando con rotundidad su significado real: “*En verdad, en verdad te digo que si uno no nace de nuevo, no puede ver el Reino de Dios*”.

Ahora se daba cuenta de que había estado ciego y sordo ante el verdadero espíritu de la Ley. Veía con claridad la hipocresía de aquellos que se arrogaban el papel de intérpretes de la palabra de Dios, de aquellos que se erigían en sus únicos representantes en la Tierra y que no eran más que esclavos de su propia ceguera. Ahora se daba cuenta de que por fin había comenzado su propio renacimiento.

Nicodemo respiró profundamente el aire de la mañana. Reconfortado por sus íntimas reflexiones, se encontraba ahora más

sereno y decidido a su misión porque sentía que estaba sirviendo, quizá por primera vez en su vida, al Dios verdadero. El sol, que empezaba a alzarse en el cielo aumentando su fuerza e inundando las calles con su luz, se le antojó más brillante que nunca. Al atravesar la última calle, y tras girar junto a una pétrea fuente, apareció ante él una gran casa que conocía bien. En ella vivía el hombre a quien había venido a ver, José de Arimatea.

2

José de Arimatea se encontraba frente a un gran escritorio de madera de roble, con una pluma en la mano y un pergamino frente a él. Era un hombre de edad avanzada, delgado, de tez clara un tanto amarillenta y barba y bigote poblados. Sus ojos se encontraban irritados por la falta de sueño, ya que había pasado casi toda la noche sin poder dormir. Las terribles imágenes del día anterior se le aparecían con cruel viveza una y otra vez. Pero lo que más le atormentaba no era el terrible escenario de angustia y dolor que había contemplado con impotencia, lo que de verdad le atormentaba era que no alcanzaba a comprender del todo como había podido suceder todo aquello. José creyó en el mensaje de Jesús casi desde el primer instante en que le conoció. Había llegado al convencimiento, casi absoluto, de que aquel modesto y noble hijo de un carpintero era el mismísimo Mesías anunciado en las Escrituras. Pero ahora, se encontraba muerto y enterrado en una tumba de su propiedad, después de que la justicia romana y judía le quebraran el cuerpo de forma ignominiosa. Le habían humillado, torturado y asesinado con impunidad total, y él ni siquiera había intentado defenderse.

José era miembro del grupo de ancianos del Sanedrín. La antigüedad de su familia y sus riquezas, conseguidas en fructíferas operaciones comerciales, le habían proporcionado una ventajosa posición hacía ya varios años. Por ello, para poder estar presente en las decisiones del Sanedrín, cambió su residencia de Rama - su ciudad natal - a Jerusalén. Su sillón privilegiado en el Consejo le había permitido estar presente en todos los interrogatorios que se hicieron a Jesús, por lo que había podido ver con resignada impotencia como el Nazareno se entregaba dócilmente a su terrible destino como un cordero al matadero.

José cogió la pluma para comenzar a escribir. Esta vez no sería ni un acuerdo comercial ni la redacción de una sentencia o norma religiosa, sino el relato de lo que había acontecido los días anteriores. Mojó la pluma en la tinta y la acercó a la superficie pulida del pergamino. Un frío sudor humedeció su frente al comenzar a recordar. Con el dorso de la

mano restregó su rostro varias veces como si con aquel gesto pudiera borrar de su mente los pensamientos que le atormentaban.

La puerta de la habitación se abrió pesadamente y el rostro redondo y joven de Daniel su criado le miró con gesto preocupado y expectante.

- El maestro Nicodemo está abajo. Parece bastante nervioso y alterado – dijo en un tono de voz bajo, casi un murmullo.

José de Arimatea se levantó de inmediato olvidando sus intenciones de escribir mientras su mente se llenaba de preocupación. Algo grave debía haber ocurrido para que un hombre prudente y discreto como Nicodemo se presentase tan temprano en su casa. ¿Estarían haciendo más detenciones? ¿Acaso Caifás pensaba acabar con todos los seguidores de Jesús? Quizá su sed de sangre no se había visto colmada con la ejecución del Maestro y ahora buscaba a sus discípulos. Salió de su habitación y bajó las escaleras hacia el piso inferior con una agilidad sorprendente para su edad. Abajo le esperaba Nicodemo con aire de impaciencia.

- ¿Qué ocurre Nicodemo? – preguntó con ansiedad.

Nicodemo se acercó a él y empezó a hablar en voz muy baja como temiendo que les escuchasen.

- Se trata de Jesús. Esta mañana temprano vino a verme María Magdalena presa de una gran agitación. Me contó que ella junto a María la de Santiago y Salomé habían ido de madrugada a la tumba de Jesús para realizar la unción del cuerpo que nosotros no pudimos completar por la urgencia del enterramiento la noche anterior. Llevaban los ungüentos que nos sobraron y algunos más que habían podido reunir. Al parecer, cuando llegaron a la tumba los guardias estaban dormidos y la piedra había sido desplazada, entraron y no encontraron el cuerpo.

- ¿Cómo es posible? – exclamó José con gran perplejidad.

- Escucha y cálmate – le dijo Nicodemo –. Cuando estaban en la tumba, se les aparecieron dos hombres de ropas deslumbrantes y les dijeron: *¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí; ha resucitado.*

- ¡Oh, Dios mío! – exclamó José cayendo de rodillas y comenzando a llorar. De pronto todas sus dudas parecían disiparse como un velo cayendo de sus ojos. Nicodemo se agachó y abrazó a su amigo, esforzándose por contener sus propias lágrimas.

- Jesús era el Mesías y ha cumplido la profecía – susurró Nicodemo.

José de Arimatea se incorporó mirando a su amigo directamente al rostro. Por un momento permaneció callado, reflexionando.

- Hemos de ir a la tumba, debo verlo con mis propios ojos - dijo finalmente con cierto tono de impaciencia en la voz.

- Quizá los romanos no nos permitan llegar. El rumor de lo ocurrido se estará extendiendo con rapidez entre el pueblo y no dejarán que esto se convierta en una revuelta – repuso Nicodemo.

- Por eso debemos darnos prisa antes que se decidan a tomar las calles.

José se internó en las habitaciones de la casa para volver casi inmediatamente cubierto con una gruesa capa de lana.

3

La tumba donde Jesús fue enterrado no se encontraba lejos. No en vano, la había construido José de Arimatea para su propio uso en unos jardines que adquirió al poco tiempo de trasladarse a Jerusalén. Había escogido unos terrenos cercanos a las murallas de la ciudad situados frente al monte Calvario. Contrató algunos albañiles que tardaron varios meses en horadar la roca y construir la tumba según sus instrucciones.

José y Nicodemo cruzaron la distancia que les separaba de las murallas con rapidez, sin apenas hablar por el camino, intentando pasar desapercibidos. Como ambos eran miembros del Sanedrín, podían ser fácilmente reconocidos y verse interpelados por el gentío, como ya lo fue Nicodemo. Afortunadamente, todavía era temprano y eran pocos los transeúntes que circulaban por las calles. Llegaron a las murallas y las cruzaron con rapidez, encontrándose pronto en el camino del monte Calvario. El corazón se les encogió en el pecho cuando, durante algunos metros, siguieron el mismo camino que hiciese Jesús con la cruz a sus espaldas. Sintieron revivir cada uno de aquellos terribles momentos. El lugar contrastaba ahora, solitario y silencioso, con la multitud y el bullicio que acompañara la crucifixión como si se tratara de un espectáculo. José reconoció el lugar donde Jesús tuvo una atroz caída. Recordó como dio de bruces en el suelo frenando el golpe con la rodilla derecha, incapaz de usar los brazos trabados por la cruz. La gente rió mientras le veían sangrar e intentar levantarse. José estaba seguro de que aquellas burlas debieron dolerle más al Maestro que todas las llagas de su cuerpo.

Pronto abandonaron el camino del Calvario, desviándose hacia unos grandes peñascos. Allí se encontraba la tumba. Les llamó la atención

que no estuviera ninguno de los soldados que Pilatos dejara allí como guardia, cuando el Sanedrín le presionó para que evitara que el cuerpo de Jesús fuera robado. Aún humeaban los restos del fuego del pequeño campamento que habían montado, pero no había ni rastro de ninguno de ellos.

- Han debido ir a informar a Pilatos de lo ocurrido – observó Nicodemo.

- Pero, ¿por qué no han dejado a nadie de guardia? Los romanos no abandonan su puesto sin que sean relevados o se lo ordene un mando superior – repuso José mientras examinaba el lugar.

Nicodemo se agachó tras unos matorrales y extrajo algo de entre el follaje. Se trataba de un pugio⁽²⁾ ricamente decorado en plata. Al parecer, habían estado usándolo como entretenimiento arrojándolo contra el suelo, ya que aparecían marcas de haber sido clavado en varios lugares distintos.

- Debieron de irse muy deprisa – dijo mientras se lo enseñaba a José de Arimatea -. No tuvieron tiempo ni de recuperar este puñal de plata.

Los dos hombres atravesaron los restos del campamento con cierta aversión y se dirigieron hacia las rocas cercanas. Siguieron un estrecho camino que les llevó hasta un jardín, cercado por un pequeño muro hecho por acumulación de piedras. Lo cruzaron y llegaron a un pequeño terreno donde proliferaban las higueras y los olivos. Su estado, no muy cuidado, denunciaba claramente que su finalidad no era agrícola sino funeraria. Por fin, tras dejar atrás un pequeño pozo, ante ellos se alzó la entrada del túmulo funerario.

Al acercarse pudieron ver como el golel⁽³⁾, que debía estar tapando la entrada, al final de la pequeña guía hecha a modo de rampa donde lo colocaron con dificultad los soldados romanos, no se encontraba en su sitio, sino que aparecía tumbado fuera del raíl a casi dos metros de su posición original. Los dos hombres se miraron asombrados. Aquella roca, de casi un metro de diámetro y un grosor de más de veinte centímetros, debía pesar alrededor de media tonelada. La fuerza para proyectarla a aquella distancia debía haber sido formidable.

Con una mezcla de emoción y respeto, no exenta de cierto temor, se aproximaron a la tumba asomándose a su interior respetuosamente. Entraron agachándose con gran dificultad al interior, donde finalmente pudieron erguirse gracias a que la altura del sepulcro había sido concebida para que un adulto pudiese estar de pie. Hasta ellos llegó el fuerte olor del

áloe y la mirra que utilizasen en la unción. Atravesaron un pequeño pasillo a modo de vestíbulo y llegaron a una gran abertura en la roca donde se mostró ante ellos la cámara sepulcral.

Aunque ya lo esperaban, no por ello pudieron dejar de asombrarse al descubrir que el cuerpo, que ellos depositaran en aquel lugar con infinita pena y ternura, había desaparecido. En su lugar, en el loculu⁽⁴⁾, situado bajo el arcosolio⁽⁵⁾ abierto en la pared, tan solo se encontraba el sudario que cubriese su rostro y en el suelo, revueltos, los lienzos con los que amortajaran su cuerpo.

José se aproximó a la blanca piedra del banco donde depositaran el cadáver y arrodillándose apoyó su cabeza sobre él. Nicodemo imitó su gesto y los dos hombres comenzaron a rezar en mudo silencio sin poder evitar que las lágrimas acudieran a sus ojos.

Pasaron bastante rato sin poder hablar, conmovidos profundamente por lo ocurrido, y también aturdidos sin saber muy bien que debían hacer a continuación. Ahora más que nunca necesitaban el consejo y sabiduría de aquel hombre bueno que había sido Jesús.

-¿Qué haremos ahora? – murmuró Nicodemo lanzando la interrogante al viento, casi esperando que el mismo Jesús le respondiese.

- ¿Acaso tenemos elección? – repuso José con cierto gesto de compasión.

- ¿Qué quieres decir?

- Nosotros no tenemos elección Nicodemo. Los que no conocieron a Jesús podrán elegir si creer o no, si seguir sus enseñanzas o continuar su vida ciegos a la Fe verdadera. Pero, nosotros, ¿cómo podríamos ahora negar a Jesús? Estuvimos con él en vida, oímos sus prédicas, vimos sus milagros y somos testigos de su resurrección. Nosotros sabemos la verdad, la hemos vivido y debemos actuar de acuerdo a ella. Somos los testigos de Jesús y daremos testimonio de lo ocurrido.

- No sé si seré capaz. Conozco bien a Caifás y a Pilatos, si predicamos abiertamente en nombre de Jesús nos perseguirán y encarcelarán – objetó Nicodemo dejando escapar un suspiro ahogado entre los labios, temeroso de lo que pudiese pasar.

José de Arimatea se agachó repentinamente acercándose a la sábana que estaba arrugada a sus pies. La cogió con fuerza y empezó a extenderla sobre el banco de piedra.

- ¡Mira esto Nicodemo! - exclamó.

Nicodemo se acercó sin comprender muy bien que sucedía. Frente a él, la sábana se encontraba completamente extendida y sobre su cara alisada se veía claramente una figura que conocía muy bien. El cuerpo de Jesús, tal y como ellos lo habían depositado en el sepulcro, aparecía ante su mirada perfectamente retratado en el tejido de lino.

- ¿Aún tienes dudas? – le preguntó José exultante, mientras miraba la tela con adoración – Nos ha dejado un testimonio de su pasión. Un testimonio hecho con su propia sangre, la sangre del Mesías. Cuando viniste a mi casa estaba a punto de escribir en pergamino lo aquí ocurrido para que quedase constancia de la entrega y sacrificio supremos hechos por Jesús de Nazaret. Sentía que mi misión era preservar su memoria de alguna manera. Ahora, aquí, Jesús nos ha dejado su mejor testimonio, una prueba tangible de lo ocurrido. Ya no tengo dudas, nuestra misión a partir de ahora será preservar este legado.

- Tienes razón – respondió Nicodemo agachándose para recoger con reverencia el lienzo y doblarlo cuidadosamente -, de alguna forma presiento que esta tela, que ha visto como el hombre volvía a su esencia divina, puede ser el vehículo para que llegado el momento la divinidad vuelva al hombre.

CAPÍTULO PRIMERO

MADRID

Lunes 28 de febrero de 2005

1

Gabriel King estaba cansado, apenas había dormido. Siempre le pasaba lo mismo la noche anterior a coger un avión. Si sus compañeros de redacción supieran, que aquel hombre con fama de inalterable al que todos llamaban el hombre de hielo, se pasaba la noche en vela cada vez que tenía que subirse a un avión, y que se tomaba las pastillas contra el mareo a pares, no hubiesen dejado de reír durante una semana.

Se levantó aún aturdido y se fue derecho al baño para tomarse una ducha lo más fría posible e intentar despejarse. Le esperaba un día muy ajetreado. Debía tomar el puente aéreo a Barcelona para encontrarse con el Dr. Ramalla, que iba a presentar su nuevo libro sobre criminología forense en la Ciudad Condal.

El contacto del agua fría contra su piel tuvo el efecto de una bomba sobre su sistema nervioso. Sintió reactivarse cada fibra de su ser como si acabasen de enchufarlo a la red eléctrica y los electrones circularasen libremente por las redes nerviosas de su cuerpo.

Aún le costaba considerarse a sí mismo un periodista. Desde que podía recordar había soñado con convertirse en arqueólogo. La idea de desenterrar con sus propias manos el pasado y darle forma pieza a pieza como a un puzzle, siempre le había parecido el mejor de los destinos. Se había licenciado en Historia en la Universidad Complutense de Madrid hacía ya la friolera de doce años. En su último año de carrera consiguió, gracias a sus buenos resultados académicos, que le incluyesen en el grupo de voluntarios de la excavación del complejo celtibérico y romano de Tiermes en Montejo en Tiermes, Soria. Para él fue un logro muy

importante, no en vano Tiermes era considerada la Pompeya española desde los años treinta.

Al principio todo fue perfecto. Le asignaron la zona de las termas. Su alegría no tuvo límites cuando les informaron a él y al resto de compañeros que sus objetivos serían encontrar diversas estancias típicas de las termas, especialmente el caldarium⁽⁶⁾, el frigidarium⁽⁷⁾ o incluso restos del tepidarium⁽⁸⁾. Se sintió emocionado al pensar que podría encontrar por sí mismo rastros del sistema de aire caliente inventado por Sergio Orata en el siglo I antes de Cristo, quizá incluso algunos restos del suspensurae⁽⁹⁾ y de los ladrillos agujereados que facilitaban la difusión del aire.

Sin embargo, no tardó mucho en darse cuenta de que su visión de la arqueología era demasiado romántica. El tiempo pasaba demasiado despacio y apenas se hacían progresos. Había que desenterrar capa de sedimento tras capa de sedimento con infinita paciencia. Lejos de la sucesión de descubrimientos excitantes que esperaba, todo su trabajo de campo se limitó a poco más que un desescombro manual, que no dejó al descubierto finalmente más que nuevas capas de polvo y tierra. Cuando terminó la campaña, lo único que podía reconocerse, de las antiguamente imponentes instalaciones, eran los restos del arranque de bóveda de un gran edificio, seguramente la entrada a las termas.

Gabriel cerró el grifo y el agua dejó de caer sobre su cuerpo. Salió de la ducha y se enfundó en un suave albornoz azul. Su contacto le hizo recordar la piel sedosa y cálida de Sofía, la otra gran desilusión de aquel nefasto verano de 1993.

Conoció a Sofía dos años antes, cuando cursaba tercero en la facultad. Su familia se había trasladado de Sevilla a Madrid por motivos de trabajo por lo que le tocó cambiar de facultad junto de ciudad. Gabriel se sintió atraído por ella desde el primer día que la vio. Era alta y muy delgada, con una figura propia de una modelo de pasarela. Pero no fue su cuerpo lo que más atrajo la atención de Gabriel, sino que fueron sus ojos almendrados y de un increíble color violáceo los que le enamoraron. Su mirada tenía una claridad embriagadora y su rostro, ovalado y enmarcado por una preciosa cabellera rubia, daba al conjunto la perfección de un cuadro renacentista. Para asombro de Gabriel, ella pareció tan atraída por él como él por ella y pronto comenzaron una relación apasionada. Hasta entonces Gabriel nunca se había sentido tan profundamente unido a ninguna mujer y durante un tiempo pensó que aquella sería una relación definitiva. Pero todo se truncó aquel verano.

Sofía consiguió la beca junto a él para las excavaciones en Tiermes. Lo que en principio les pareció fantástico, ya que les daba, no solo la oportunidad de trabajar en aquello que más deseaban, sino que además podrían pasar juntos prácticamente todo el verano. Desgraciadamente la convivencia no resultó ser el paraíso que habían esperado. A medida que la desilusión por su trabajo embargaba a Gabriel, Sofía, en cambio, parecía cada vez más entusiasmada. Pasaba mucho tiempo en las excavaciones. Se quedaba incluso después de acabados los turnos. Sólo se veían al anochecer, apenas unas horas cada día. Llegó un momento en que ni siquiera los fines de semana los pasaban juntos, ya que ella insistía en quedarse en la excavación. - *“Es una oportunidad única, hay que aprovecharla”* - solía decirle. Cerca ya del final de la campaña, ella le confesó que la oportunidad a que se refería no tenía relación con la excavación precisamente sino con el director de ésta. Gabriel se sorprendió a sí mismo, ya que en vez de reaccionar con la desesperación e indignación propia de una tragedia griega, como siempre había supuesto, se lo tomó con resignación y casi apatía. Recogió sus bártulos y se fue de la excavación y de la vida de Sofía para siempre, sin ni siquiera mirar atrás.

Después de aquello la sensación de abatimiento y en cierto modo de derrota le acompañó durante bastante tiempo. Sentía que se había equivocado en todo. No había sabido encontrar los verdaderos objetivos de su vida, ni profesional ni emocionalmente. Tras terminar sus estudios de historia estuvo durante algunos meses sin trabajo, ya que no quería volver a la arqueología.

Su oportunidad se presentó cuando le ofrecieron colaborar en una revista de divulgación “Misterios del Pasado”, donde se trataba la historia desde un punto de vista más esotérico de lo habitual. Allí encontró un nuevo rumbo profesional que sorprendentemente le resultó muy gratificante. Buscar la parte oculta de la historia, consultando antiguos documentos o entrevistando a oscuros personajes, era para él mucho más apasionante que desenterrar capa tras capa de sedimento de una vieja construcción. Tras varios años como articulista habitual de la revista, empezó a escribir algunos libros de divulgación, alcanzando cierto renombre en círculos académicos y periodísticos. Ahora se encontraba relativamente satisfecho con su vida profesional, pero lo que no había logrado volver a encauzar era su vida sentimental.

Gabriel apartó su mente del pasado y empezó a vestirse siguiendo el ritual diario, una camisa clara y una chaqueta oscura. En esta ocasión escogió una camisa blanca de algodón y una chaqueta marrón muy ligera, ya que estaba haciendo un tiempo bastante caluroso para aquella época del año. Finalmente, añadió al conjunto un pantalón vaquero azul. Le

gustaba variar los colores de la chaqueta y la camisa, pero prefería que el pantalón fuese invariablemente un vaquero azul. Esto lo había decidido hace ya mucho tiempo, cuando alguien le comentó que Einstein guardaba un montón de trajes todos iguales, para no tener nunca que complicarse la vida pensando en que ropa ponerse. A él le pareció una idea genial y, aunque llevar siempre la misma ropa era un poco excesivo, mantener siempre unas reglas en su indumentaria no le pareció ninguna tontería. A la larga ahorraba mucho tiempo perdido en indecisiones absurdas. De esta forma, estableció su propio protocolo de vestir, siguiéndolo siempre a rajatabla, aunque sabía que eran cosas como estas las que le granjeaban cierta fama de excéntrico entre sus compañeros de trabajo.

Sacó de debajo de la cama la pequeña maleta de mano que utilizaba siempre para viajes cortos. La había preparado la noche anterior con lo más imprescindible; algo de ropa, útiles de aseo y su material de trabajo habitual: una grabadora digital con batería y cargador auxiliar para evitar accidentes imprevistos, y una cámara de fotos digital que llevaba siempre, no para tomar fotos profesionales ya que eso era asunto de los fotógrafos de la revista, sino para tomar instantáneas a modo de documentación para sus artículos. Tras comprobar su escaso equipaje introdujo en su interior el libro que había estado leyendo durante toda la insomne noche, y que era el motivo principal de su viaje: *“Análisis forense de la Sábana Santa”* por el Dr. Friederich Ramalla. Le habían asignado una serie de artículos sobre la Sábana Santa de Turín y aquella entrevista era un perfecto comienzo para su trabajo.

2

El viaje fue mejor de lo esperado. Las pastillas contra el mareo hicieron su efecto y, salvo la ansiedad habitual que le produjo el trayecto, no hubo más incidentes durante el vuelo. Había tenido la fortuna de que le tocase un asiento junto a la ventanilla. Aunque hay mucha gente con miedo a volar que prefieren sentarse lejos de las ventanillas para no ser conscientes de la altura, Gabriel era diferente. Lo que a él le atormentaba realmente era su facilidad para marearse. Hacía ya mucho tiempo que había comprendido que lo mejor en estos casos era fijar la vista en el exterior, en el horizonte en movimiento, y no en el interior del vehículo. De esta forma conseguía que el mareo se aminorase en gran medida.

Trás poco más de media hora de travesía aérea sin incidentes llegó al terminal B del aeropuerto del Prat en Barcelona. Se dirigió a la parada de taxis situada a la izquierda de la salida principal. Se acercó a uno de los taxis amarillos y negros tan característicos de la Ciudad Condal. El

conductor, un hombre grueso de cara agradable, le preguntó si llevaba equipaje. Pareció un poco defraudado cuando le mostró su pequeña maleta de mano, ya que no iba a poder cobrarle el suplemento estipulado por cada pieza de equipaje.

Gabriel indicó al conductor la dirección del hotel “Fira Palace Barcelona”, donde se alojaba el Dr. Ramalla e iba a celebrarse la presentación de su libro. Aunque no tardarían más de veinte minutos en llegar, le pareció tiempo suficiente para repasar algunos puntos del libro de Ramalla que le habían parecido interesantes e ir fijando el rumbo del artículo que pensaba escribir. A medida que el taxi se internaba por la autovía de Castelldefels en dirección hacia Barcelona, Gabriel se concentraba en la lectura de algunos apuntes que había tomado el día anterior.

Repasó las notas biográficas que había encontrado en Internet sobre el Dr. Ramalla. Su nombre completo era Friederich Ramalla Stahmer. Nació en 1935 en Goslar, una pequeña ciudad turística alemana situada en la Baja Sajonia y enclavada en las montañas Harz. Su familia era de ascendencia judeoalemana pero poco o nada practicantes, por lo que se crió en un ambiente liberal y poco religioso. En 1940 se trasladaron a la ciudad de Hannover, donde su ascendencia judía era desconocida. Sin embargo, aquello no les evitó sufrir las penurias de la Segunda Guerra Mundial en toda su crudeza. La ciudad quedó destruida en más del 60%. A pesar de todo, el joven Ramalla pudo continuar su formación gracias a que su padre se encargó de ella personalmente hasta el final de la guerra. En 1952, con la guerra superada y una situación económica mejorada, ingresó en la Universidad de Hannover, gracias a su excelente expediente académico. En aquella época sólo existían cuatro facultades: Matemáticas y Ciencias Naturales, Ingeniería Civil, Ingeniería Mecánica y la recién establecida Ingeniería Marina. Se matriculó en la primera, convirtiéndose en el primero de su promoción, al parecer sin demasiado esfuerzo.

Más allá de estos datos, Gabriel había tenido serias dificultades para reconstruir la cosmopolita formación académica del Dr. Ramalla. Había encontrado algunas referencias suyas en otras universidades alemanas estudiando disciplinas diversas como derecho, historia o medicina forense. También sabía que hablaba cuatro idiomas con fluidez: inglés, español, francés e israelí, a parte de su idioma natal el alemán. En los años ochenta había pasado algunos años en Estados Unidos, repartiendo su tiempo entre el centro de investigación del FBI en Quantico (Virginia) y la Universidad de Berkeley. La fama le llegó con la publicación de su primer libro “Criminología Forense: Técnica Aplicada”,

que se convirtió prácticamente en el libro de cabecera de todo criminólogo moderno.

Gabriel pensó maravillado en la extraordinaria inteligencia que debía poseer aquel hombre, capaz de brillar en tan diversas disciplinas. Se trataba a todas luces de uno de esos cerebros geniales que surgen en cada generación con la escasez de un trébol de cuatro hojas. Sería toda una experiencia poder charlar con él aquella mañana.

El taxi giró a la derecha tras llegar a la Plaza de España internándose por la Avenida María Cristina. Gabriel guardó sus notas en la maleta de mano. Leer mientras iba en un coche no era precisamente una de sus actividades favoritas. Llegaron a la altura del Palacio Nacional, giraron a la izquierda y enfilaron la Avenida Rius i Taulet hasta la calle Lérída. Casi inmediatamente divisaron, haciendo esquina, la entrada del Hotel.

3

El salón Vivaldi estaba ya totalmente preparado para el futuro evento que iba a tener lugar en su interior. Las filas de sillas azules con bordes dorados se alineaban en perfecta formación, separadas por largas mesas con tapetes azules y faldas blancas. Junto a cada asiento se encontraba una carpeta con documentación sobre la presentación y una tarjeta blanca con el nombre de su futuro ocupante. Los técnicos se afanaban en ajustar el video proyector y el sistema de megafonía mientras los periodistas e invitados iban ocupando sus asientos a medida que localizaban su nombre.

Cuando Gabriel entró en la sala quedó gratamente sorprendido al comprobar que le habían colocado en el centro de la segunda fila, a la izquierda del pasillo central. Estaba acostumbrado a ser relegado siempre a los últimos asientos. Que su revista fuese a menudo etiquetada de sensacionalista por su afición a bordear la ortodoxia periodística, solía conllevar aquellas pequeñas represalias, por parte de algunas personas demasiado preocupadas de que las fotos de las primeras filas reflejasen los rostros de los medios de comunicación considerados serios.

Aunque la mayoría de la gente le era conocida, se sintió aliviado cuando vio entrar una cara amiga. Se trataba de un hombre corpulento, de gran estatura y rostro redondeado. Su nariz ancha, sus grandes ojos y su pelo moreno y rizado, le conferían un aspecto afable y campechano. Con aire distraído y ceño fruncido, intentaba encontrar su asiento cuando

Gabriel levantó la mano haciéndole una señal. El hombre, al verle, se acercó rápidamente hasta donde estaba.

- ¡Hombre! - exclamó el hombretón tendiéndole la mano a Gabriel para a continuación estrujársela en un apretón de oso -. Sabía que no te lo perderías.

- Es mi trabajo, ya sabes que estos temas son mi fuerte – Gabriel cerró y abrió la mano un par de veces para recuperar la circulación.

- ¿Has visto mi asiento?

- Pues no. Supongo que estarás en las primeras filas, eres un periodista de los serios ¿no? – le dijo Gabriel con un claro tono irónico en la voz. Conocía a aquel hombre desde hacía varios años y se le podían adjudicar muchos adjetivos, pero desde luego el que menos le pegaba era el de serio. José María Román era columnista en uno de los diarios nacionales de mayor tirada. Sus columnas, entre ácidas y sarcásticas, habían ido adquiriendo cada vez más relevancia dentro del periódico haciéndole adquirir cierta popularidad.

Román se alejó hacia las filas delanteras husmeando entre las cartulinas blancas de los asientos en busca de su nombre. Cuando al fin lo encontró, se giró hacia Gabriel mostrándole la tarjeta. A continuación se dirigió hacia el asiento contiguo a Gabriel e intercambió rápidamente su tarjeta por la de ese asiento, cuyo ocupante aun no había llegado.

-¿Qué pasa? – le interpeló Gabriel divertido ante su descaro - ¿es que ahora prefieres la compañía del periodismo esotérico antes que del periodismo ortodoxo?

- ¡No fastidies! Me habían puesto con la Burgos. Si te parece aguanto toda la presentación con la beata esa dándome la murga.

Gabriel se rió con ganas. Hubiese sido una combinación perfecta. Román, ateo cínico y mujeriego, de charla con Teresa Burgos, una periodista que se había hecho famosa gracias a las tertulias televisivas donde desarrollaba una apasionada defensa de la familia, de la castidad hasta el matrimonio y en definitiva del catolicismo más tradicional y conservador. Gabriel acarició por un momento la posibilidad de un romance entre ambos, no pudiendo reprimir una carcajada interior que se tradujo en una sonrisa contenida en el exterior.

Poco a poco se fueron llenando los asientos. Cuando todos los asistentes estuvieron en su sitio, las luces se atenuaron ligeramente y las personalidades que iban a presidir el acto comenzaron a ocupar sus asientos. Gabriel distinguió la figura del Dr. Ramalla ligeramente

encorvada aunque asombrosamente ágil para un hombre de setenta años. El criminólogo tomó asiento en el centro de la mesa situada en el escenario. A su derecha se sentó el Consejero de Cultura de la Generalitat, y a su izquierda Federico Mollins, un criminólogo español famoso por sus intervenciones en televisión.

Al principio del acto Gabriel se aburrió soberanamente. Las intervenciones de Mollins y del Consejero fueron, como es habitual en este tipo de actos, una retahíla de elogios a la vida y milagros del Dr. Ramalla, que duró casi tres cuartos de hora, sumiéndole en una somnolencia preocupante. Afortunadamente, cuando finalmente el doctor tomó la palabra el panorama cambió radicalmente. El criminólogo fue exponiendo, ayudándose de un proyector, las partes principales de su libro, captando inmediatamente la atención de la hasta ese momento distraída audiencia. Gabriel se encontró a si mismo ensimismado, mientras contemplaba, con renovada fascinación, las imágenes del sudario de Turín, que ilustraban el libro de Ramalla.

Al terminar la exposición empezó la ronda de preguntas. Gabriel decidió limitarse a escuchar a los demás periodistas, reservándose sus propias cuestiones para su posterior entrevista personal con el criminólogo.

La mayoría de las preguntas que se realizaron fueron bastante anodinas, cuestiones biográficas y algunas técnicas sobre el libro, que no añadían nada sustancial a la información que Gabriel ya había reunido sobre el personaje y su obra. Cuando ya parecía que ningún periodista pensaba intervenir, un hombre se levantó desde el fondo del salón y tomó la palabra.

- Roberto Jiménez de “Mundo Misterioso” – dijo presentándose – ¿Por qué un prestigioso criminólogo, con una trayectoria brillante y conocida por todos, se presta a dar visos de autenticidad a una reliquia que todos sabemos que es falsa? Todo el mundo sabe que el lienzo fue datado en la Edad Media con el método del Carbono 14, hace ya bastantes años.

Ramalla pareció titubear. A Gabriel le dio la impresión de que se esforzaba por distinguir en la distancia él rostro envuelto en sombras de su interlocutor. Cuando al fin respondió, su voz carecía de la seguridad que había mostrado en el resto de sus intervenciones. Incluso se dejó notar con más fuerza su acento alemán, apenas perceptible en el perfecto castellano que había utilizado hasta ese momento

- Sr. Jiménez - respondió -, en ningún momento sostengo en mi libro que la Sabana Santa sea el auténtico sudario de Cristo. Me he limitado a realizar una rigurosa investigación, que a mi parecer, demuestra de forma inequívoca que el cuerpo de un hombre real que sufrió heridas reales fue envuelto en dicha tela. Si ese hombre era o no Jesucristo es algo que en ningún caso puede deducirse a través de mi estudio – Ramalla se apartó bruscamente del micrófono dando así por terminada su intervención. Una despedida formal por parte de los organizadores dio por concluido el acto.

Gabriel empezó a recoger toda su documentación junto con las notas que había tomado sobre la presentación.

- ¿No te ha parecido rara la reacción de Ramalla? – preguntó a Román, intrigado ante el repentino final de la presentación.

- La verdad es que si - reconoció el grueso periodista -, pero estos profesores locos ya se sabe, les da una neura y salen pitando. ¡A lo mejor le ha sentado algo mal y le han dado retortijones! – esto último lo dijo con un tono de absoluta seriedad, lo que acentuó el efecto cómico e hizo que Gabriel empezase a reír con ganas – Anda, vamos a tomarnos algo. Seguro que este hotel tiene una buena barra por algún sitio.

Gabriel aceptó a regañadientes, ya que sabía que tomar unas cañas con Román era algo que sabía donde y cuando empezaba, pero no donde o cuando terminaba.

4

Ramalla subió a su habitación directamente tras abandonar el salón Vivaldi y despedirse del resto de oradores. Se encontraba nervioso y alterado. Dejó encima de la cómoda todos los documentos que llevaba consigo, incluido su propio libro. Se quitó la chaqueta arrojándola en una silla y se aflojó la corbata. Se sentía acalorado y molesto. Se sentó en la cama con la espalda inclinada hacia atrás y los brazos extendidos en ángulo, y cerró los ojos procurando relajarse.

Intentó indagar en el interior de su mente el motivo de su alteración. En su memoria revivió el final de la reciente presentación. El momento en que aquel periodista, al que no pudo ver el rostro, se dirigió a él como si no fuese más que un escritor sensacionalista. Pero no fue el contenido previsible de la pregunta lo que le había alterado de aquella forma, fue la manera de hacerla, la inflexión de la voz, la intención verdadera que creyó percibir tras aquellas palabras. Tuvo la impresión de que aquel hombre representaba una velada amenaza contra él.

Cansado, relajó sus brazos dejando caer totalmente su cuerpo sobre la cama. La posibilidad de que aquel supuesto periodista fuese uno de ellos empezó a tomar forma en su mente. Sabía que habían vuelto, que estaban de nuevo activos y buscaban destruir lo que estaban construyendo, pero le parecía imposible que hubiesen podido averiguar lo que de verdad estaba en juego. Si así era, no se detendrían ante nada ni nadie. Ramalla intentó rechazar aquellas oscuras y paranoicas sospechas, repitiéndose a sí mismo que todo eran imaginaciones. Comenzó a relajarse con dificultad. Poco a poco el cansancio de su cuerpo se apoderó de él, y los nubarrones que oscurecían su mente dieron paso al cielo despejado del olvido que proporciona un sueño reparador.

La puerta sonó tímidamente con el golpear de unos nudillos impacientes. Ramalla, que tenía un sueño muy ligero, despertó de inmediato. Comenzó a incorporarse tras pronunciar un breve “*un momento por favor*”. Miró el reloj de su muñeca. Era la una de la tarde. Había dormido aproximadamente tres cuartos de hora. Se acercó a la puerta, ya más despejado, y la abrió.

Ante él apareció un hombre joven bien parecido. Debía tener algo más de treinta años. Era bastante alto y aparentaba una buena forma física. Tenía el pelo oscuro y unos ojos marrones e incisivos cuya mirada le resultó familiar.

- Soy Gabriel King - se presentó el desconocido.

- Naturalmente - respondió Ramalla con satisfacción -. Pase, le estaba esperando.

Ramalla condujo a Gabriel hacia el interior de la habitación. Los dos hombres se acomodaron junto una mesa situada en el fondo de la estancia dispuestos a comenzar de inmediato la entrevista. Ramalla se sentía como un profesor a punto de dar una clase particular. Aunque había sido entrevistado en múltiples ocasiones a lo largo de su vida, sentía un cierto nerviosismo.

- Si quiere tomar algo – ofreció Ramalla -, el mueble bar de la habitación tiene un buen repertorio de todo tipo de bebidas alcohólicas.

- No gracias – repuso Gabriel, recordando las cervezas que había tomado con Román -. No quiero entretenerle demasiado, sé que vuelve a Alemania esta misma tarde.

- Si, es cierto. Trabajo demasiado. Me hubiese gustado quedarme más tiempo en Barcelona, pero me necesitan en mi país como perito en un caso bastante complejo.

- Entonces será mejor empezar inmediatamente - repuso Gabriel, sacando una pequeña grabadora digital de su maleta -. ¿Le importa que grabe la conversación? – preguntó.

- En absoluto – repuso Ramalla con una sonrisa.

Gabriel situó el pequeño aparato electrónico en el centro de la mesa. Tras ojear una pequeña carpeta, extrajo un folio de su interior que contenía el cuestionario que había preparado.

5

Las ruedas del carrito hacían un pequeño ruido casi imperceptible al girar sobre el suelo, liso y limpio como un espejo, del pasillo del hotel. Iba lleno de sábanas, colchas y diversa ropa de cama. Una mujer lo empujaba con aire cansino. Al llegar a las puertas del ascensor, éstas se abrieron para dejar entrar a un hombre alto de aspecto fornido. La mujer pasó de largo sin prestarle ninguna atención, por lo que no pudo ver el minúsculo hilo metálico que asomaba apenas dos milímetros de su oído derecho.

Tras mirar hacia los lados del pasillo, el hombre sacó unos guantes de cuero negro de la cartera que llevaba bajo el brazo y se los puso cuidadosamente. Las voces llegaban nítidas por el minúsculo receptor que llevaba en el oído derecho. La entrevista ya había comenzado. Con andar pausado se dirigió hacia la puerta de la habitación de Ramalla mientras una sonrisa se dibujaba en su cara.

6

Tras ajustar el volumen de la grabadora y ojear sus notas biográficas, Gabriel se dispuso a comenzar sus preguntas.

- ¿Por qué un criminólogo famoso como usted escribe un libro sobre un tema tan controvertido como la Sábana Santa? Al parecer su ascendencia es judeocristiana, ¿tuvo su educación religiosa algo que ver con este interés?

- La Sabana Santa es un objeto apasionante por el que siempre me he sentido muy interesado. Por eso, cuando la Santa Sede me ofreció la posibilidad de realizar un estudio forense del lienzo, no me lo pensé dos veces. En cuanto a mi ascendencia, mi padre era judío y mi madre cristiana. Como comprenderá, mi formación religiosa fue un problema de primer orden para mi familia. Mi padre era profundamente creyente y

quería educarme en el judaísmo. Sin embargo, mi madre, mucho más liberal en sus creencias religiosas, no veía con buenos ojos empezar a inculcarme una religión a edad tan temprana. Desafortunadamente el nazismo fue el que terminó la discusión. Aunque suene paradójico, trajo la paz a mi casa, ya que tuvimos que ocultar cualquier relación de nuestra familia con el judaísmo. Huimos a Hannover donde mis padres decidieron proporcionarme una educación religiosa muy general, suficiente para que al convertirme en adulto pudiese decidir por mí mismo mi propia opción religiosa.

- ¿Y cuál fue la elegida?

- En mi infancia estudié la Biblia, el Pentateuco y el Nuevo Testamento con la misma intensidad y siendo ya adulto me he interesado por otros múltiples textos sagrados como el Corán, el Bhagavad Gita y hasta el Tipitaka budista⁽¹⁰⁾. Eso me ha marcado profundamente de manera que ahora pienso que hay algo de verdad en todas las religiones, pero que la verdad absoluta no se encuentra en ninguna de ellas.

Gabriel estaba tan fascinado que, por un momento, pensó en ahondar en la biografía de aquel hombre. Pero sabía que su revista no estaría muy interesada en reflejar demasiados detalles de su vida, por lo que prefirió volver al guión de preguntas que había preparado.

- ¿Tuvo acceso físico a la propia sábana para realizar su estudio? – preguntó finalmente retomando la línea original de la entrevista.

- No, eso fue imposible – respondió Ramalla con una mirada que a Gabriel se le antojó enigmática -. El deterioro sufrido en las últimas exposiciones públicas de la Síndone no lo aconsejaba y, a decir verdad, el tipo de investigación que pensaba realizar no requería de su manipulación. Para hacer mi estudio se me facilitó una enorme biblioteca fotográfica, desde las primeras imágenes de Secondo Pía, pasando por las obtenidas por Giuseppe Enri e incluso las imágenes tridimensionales en alta definición de Giovanni Tamburelli.

Ramalla se había ido relajando poco a poco y mostraba ahora un rostro más distendido. Gabriel juzgó que era el momento adecuado para abordar cuestiones más incómodas, sin arriesgarse a que su entrevistado pudiese ofenderse y decidiera terminar la conversación, tal y como lo había hecho en la conferencia.

- Volviendo a su libro, doctor, he observado que en todo el texto evita pronunciarse sobre la autenticidad del lienzo.

- Pensé que no me lo iba a preguntar nunca – respondió Ramalla esbozando una sonrisa que provocó una pequeña y disimulada exhalación

de alivio de Gabriel – La autenticidad o no es la pregunta eterna. Yo no puedo ni quiero manifestarme en una u otra postura. Hacerlo sería una temeridad. De hecho, creo que realizar estudios de la reliquia con esa perspectiva en mente, ha sido el gran error de la mayoría de los grandes estudiosos que han abordado el problema. Unos buscando confirmar que es auténtica y otros lo contrario, lo que han conseguido es que sus conclusiones fuesen sesgadas y poco rigurosas.

- Entonces, ¿cuál debe ser el enfoque correcto para realizar su estudio? – preguntó Gabriel.

- La Sabana Santa es en sí misma una paradoja histórica que encierra numerosos enigmas sin tener en cuenta o no su divinidad. Lo que la ciencia debe hacer es analizar cada aspecto de la reliquia con los métodos más avanzados, y exponer, con claridad y de forma rigurosa, los resultados de dichos análisis. Las consideraciones sobre su naturaleza íntima son competencia exclusiva de la Fe y de las creencias individuales de cada uno de nosotros.

- ¿Significa eso que la ciencia no podrá demostrar nunca la autenticidad o no de la reliquia?

- La palabra nunca es algo que un científico no debería usar a menudo. Lo que quiero decir es simplemente que la ciencia no debería plantearse esa cuestión como el “leif motif” de sus investigaciones – Ramalla se recostó en su asiento en un gesto que demostraba claramente su intención de zanjarse la cuestión.

- Sin embargo, sí que afirma con rotundidad que la imagen de la Sábana es la de un hombre que ha padecido unas torturas idénticas a las descritas en el Nuevo Testamento. Si no es auténtica, ¿cómo podría alguien haber realizado una falsificación de esa naturaleza? – insistió Gabriel viendo aparecer un cierto grado de incomodidad en el doctor.

- Cae usted en el error que antes he querido explicarle. Enfoca el problema entre autenticidad o falsificación y toma partida por la autenticidad sin pararse a pensar en otras posibilidades.

- ¿Qué otras posibilidades? – preguntó Gabriel realmente confundido.

- Es posible que sin ser una falsificación, el hombre reflejado en la sábana no fuese Jesucristo, sino algún otro de los miles crucificados por los romanos en aquella época. O quizá si sea una falsificación realizada por alguien capaz de torturar a un pobre diablo, haciéndole pasar por el mismo tormento que Jesús de Nazaret sufrió, para luego plasmar su imagen por algún método desconocido en la tela. A usted le parecen más

o menos descabelladas unas hipótesis que otras, pero su juicio está totalmente mediatizado por su formación y sus creencias particulares. La ciencia debe obtener un resultado objetivo, y hoy por hoy, no sólo es imposible lograrlo, sino que no es deseable hacerlo.

- ¿Qué quiere decir?

- ¿Se ha parado a pensar que ocurriría si la ciencia demostrase de forma irrefutable que la Sábana Santa es realmente el sudario donde el cuerpo del hijo de Dios fue depositado para después resucitar? La creencia en Dios se vería sustituida por la certeza absoluta en su existencia. Las religiones se basan en la Fe, y al no ser esta ya necesaria, desaparecerían. Ya no serían religiones tal y como las conocemos sino algo totalmente distinto. Es imposible calcular las consecuencias de un hecho así sobre la especie humana.

Gabriel estaba a punto de replicar cuando alguien llamó a la puerta de la habitación, golpeándola suavemente. El doctor Ramalla, tras pedir disculpas, se levantó un tanto molesto por la interrupción.

Al abrir la puerta Ramalla se encontró a un hombre alto de tez morena y cejas pobladas que portaba un maletín negro bajo su brazo izquierdo. Le resultó familiar pero no pudo recordarle con claridad.

- ¿Sí? – preguntó Ramalla.

- Siento molestarle - respondió el extraño -, espero que se acuerde de mí. Soy Roberto Jiménez el periodista de “Mundo Misterioso”. Estoy buscando al señor King y me han dicho que se encontraba aquí.

- Sí, así es, pase – respondió Ramalla cerrando la puerta y acompañando al periodista hacia Gabriel, que se había incorporado nervioso en su asiento y se acercaba hacia ellos.

- ¿Qué ocurre? – preguntó Gabriel.

- Es el señor Román, parece que ha bebido demasiado y está armando una buena en el bar del hotel. Sé que es un buen amigo suyo y esperaba que pudiese ayudarme a llevarlo a su casa.

- Está bien - Gabriel recogió rápidamente todo su material de trabajo apresurándose hacia la puerta de la habitación, mientras mascullaba entre dientes mil maldiciones dirigidas a Román. Se dirigió hacia Ramalla, dando momentáneamente la espalda al periodista, para disculparse por tener que dejar la entrevista de forma tan apresurada y esperando poder continuarla lo antes posible. De improviso sintió un fuerte golpe en su cabeza y la oscuridad se adueño de todo.

La claridad se filtraba poco a poco a través de los párpados de Gabriel a medida que la conciencia ascendía a oleadas hacia su mente como la marea fluye en pos de la luna. Lentamente fue abriendo los ojos. Sentía un fuerte dolor de cabeza y su cuerpo se encontraba pesado y dolorido. Estaba tendido en el suelo. Intentó incorporarse apoyándose en sus brazos, consiguiéndolo sólo a medias. Al principio no reconoció el lugar en que se encontraba, pero después, repentinamente, como en un flash, recordó todo lo ocurrido. La entrevista con Ramalla, la llegada del desconocido en busca de ayuda para Román después el fuerte golpe en su cabeza, desfilaron por su mente como en un video a cámara rápida.

Tras conseguir levantarse del todo miró a su alrededor descubriendo horrorizado una terrible escena. Sobre la cama de la habitación se encontraba un cuerpo tendido e inmóvil. Se acercó hacia él con precipitación, comprobando con estupor que se trataba de Ramalla. Se encontraba tumbado boca arriba con las manos juntas y apoyadas en el bajo vientre. Cualquiera podría haber pensado que simplemente dormía, pero la gran mancha de sangre que manaba de su costado y su tremenda palidez lo desmentía claramente. Ramalla había sido cruelmente asesinado.

La reacción inmediata de Gabriel fue llamar a la policía. Se abalanzó sobre el teléfono de la habitación, pero al ir a levantar el auricular se percató de que en su mano derecha, aún medio agarrotada, sostenía un extraño cuchillo manchado de sangre. Lo soltó como si quemase y retrocedió hacia la pared intentando reflexionar sobre lo que estaba ocurriendo.

Miró a su alrededor fijándose por primera vez en el caos que le rodeaba. La habitación estaba completamente revuelta como si hubiese habido una pelea. Dos sillas estaban caídas y la mesa donde se entrevistó con Ramalla se encontraba desplazada casi a en medio de la habitación. Había papeles tirados por el suelo, algunos los reconoció como sus propios apuntes y notas, los otros eran con seguridad de Ramalla.

Procurando tranquilizarse contempló el desorden que le rodeaba e intentó pensar fríamente que estaba ocurriendo. Su formación académica le había dado una buena capacidad de razonamiento y deducción que intentó aplicar a la situación que estaba viviendo. El aspecto de la habitación y el suyo propio no dejaba lugar a dudas de lo que allí había ocurrido; el hombre que le pidió ayuda para controlar a Román le había golpeado, había asesinado a Ramalla y luego había montado todo aquel escenario para que pareciese que Gabriel era el

asesino. Al contemplar su propio cuerpo descubrió que en las mangas de su camisa y en sus manos había regueros de sangre. Seguramente el asesino se había asegurado de que sus huellas estuviesen por todas partes.

Repentinamente recordó su grabadora, la había puesto encima de la mesa y aun estaba en funcionamiento cuando entró el criminal. Buscó por la mesa con nerviosismo pero no estaba, entonces, con el rabillo del ojo percibió un pequeño destello en el suelo junto a las cortinas, era la grabadora. Estaba destrozada, la habían arrojado contra la pared y se encontraba inservible. Gabriel maldijo su mala suerte, se agachó y la recogió decepcionado, ya que sin duda habría sido un buen método para aclarar aquel embrollo.

Contemplando el amasijo de plástico en que se había convertido el pequeño aparato electrónico, Gabriel intentó decidir con frialdad cómo debía actuar. En un principio se dijo a sí mismo que lo mejor era contar todo tal y como había sucedido a la policía y esperar que ellos hiciesen su trabajo, pero luego se dio cuenta de que era una opción demasiado arriesgada. Metiéndose los restos de la grabadora en el bolsillo, decidió que sería mejor intentar borrar sus huellas y rezar para que la policía no le relacionase con el crimen por lo menos durante el tiempo necesario para averiguar por sí mismo que había ocurrido realmente allí.

Consultó su reloj, viendo para su asombro que eran las dos y media. Si no se equivocaba, el asesino había matado a Ramalla y montado aquel escenario en tan solo quince minutos. Aquel había sido sin duda un crimen increíblemente eficiente. Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Gabriel que no pudo evitar pensar que se estaba metiendo en un asunto muy peligroso.

Gabriel registró la habitación recogiendo todos sus documentos con cuidado. Después pasó al baño y se limpió minuciosamente intentando eliminar todas las manchas de sangre de sus manos y ropa. Entonces, recogió del suelo el cuchillo que había sostenido inconscientemente en su mano. Tenía aspecto de ser muy antiguo a pesar de su perfecto estado de conservación. Su factura era inusual: era totalmente de plata y presentaba una serie de florituras poco habituales. Aunque en un principio pensó borrar sus huellas y dejarlo donde estaba, al final decidió que sería mejor llevárselo. Tenía el presentimiento de que aquel arma podría reportarle alguna información importante sobre el asesino.

Tras realizar un último examen de la habitación, se acercó una última vez a Ramalla. Sentía una mezcla de pena e incredulidad al tener ante él el cuerpo sin vida de un hombre con el que apenas hacía una hora

había estado charlando en esa misma habitación. Había algo en el cadáver que le inquietaba pero no logró precisar que era. Lo miró de nuevo a modo de despedida y tras coger su pequeña maleta de mano con todas sus cosas decidió salir de la habitación.

Abrió la puerta despacio y miró al pasillo con precaución para asegurarse de que no hubiese nadie que pudiera fijarse en él. Afortunadamente el pasillo parecía completamente desierto. Salió apresuradamente y se dirigió al ascensor.

8

La recepcionista del hotel le había saludado con un cansino “Hola” sin apenas mirarle a la cara. Él le devolvió el saludo con el mismo énfasis. Se dirigió hacia las escaleras sin molestarse en mirar hacia el ascensor, que desde por la mañana lucía un elegante folio pegado con celofán avisando que se encontraba fuera de servicio. Llegó a la puerta de su habitación e introdujo la llave en la cerradura. Tuvo que girarla varias veces hasta que el mecanismo cedió y pudo penetrar en su interior. Recordó por un momento el Fira Palace y una sonrisa acudió a su rostro ante la comparación. Había preferido este hotel, situado en una de las peores zonas de la ciudad, ya que le garantizaba un mayor anonimato y mucha más discreción que cualquier otro lugar mejor situado. Había contratado la habitación esa misma mañana, tras observar el lugar un rato desde el exterior y comprobar, por el trajín de parejas que entraban y salían al poco rato de su interior, que era el tipo de alojamiento que buscaba.

Dejó su maleta encima de una pequeña mesa mugrienta situada frente a la cama y se quitó la chaqueta quedándose en mangas de camisa. Hasta su nariz llegó el aroma de la decadencia que impregnaba aquel lugar. Sudor, y sexo se mezclaban con la humedad para ofrecer a sus sentidos una muestra de lo que él consideraba el reino de Satán. Ignorando el olor, abrió el maletín y extrajo de él un moderno teléfono móvil. Sentándose en la cama marcó con calma un número de teléfono y esperó la contestación.

La pantalla del móvil se iluminó mostrando el rostro del hombre que conocía tan solo como el Perfecto.

- Buen Cristiano os pido la bendición de Dios y la vuestra – dijo con voz grave y clara a la vez que hacía una leve reverencia con la cabeza.

- Buen Cristiano os pido la bendición de Dios y la vuestra – repitió de nuevo volviendo a realizar la reverencia.

- Señor, rogado a Dios para que este pecador que yo soy, sea guiado hacia un buen final – dijo finalmente con una nueva reverencia.

- Dime Simón, ¿cumpliste tu misión? – le contestó por fin el rostro en el móvil con voz cordial y gesto amable.

- Sí, Perfecto, la misión ha sido realizada tal como estaba prevista. Neutralicé al periodista e interrogué a Ramalla, pero como suponíamos se negó a hablar – Simón inclinó el rostro ocultando sus ojos en las sombras -. Acabé con él con rapidez y sin dolor – la frase salió de su garganta con dificultad, casi en un susurro.

- No debes avergonzarte – dijo el Perfecto con tono tranquilizador – hiciste la labor de Cristo y devolviste su alma al verdadero reino de Dios. Sé que no ha sido fácil para ti, pero no hemos tenido opción. Debemos parar la locura a la que pretenden abocarnos nuestros enemigos.

- Lo sé, pero cuando estuve en aquella habitación no pude evitar sentirme como si hubiese vuelto a las favelas.

La sola mención de ese nombre traía a Simón amargos recuerdos de su infancia. Una época en la que con solo quince años era capaz de acabar con la vida de un hombre por un puñado de dólares sin sentir remordimiento alguno. Se crió entre casas decrepitas de madera y latón, rodeado del sonido de las motos, del griterío de los chiquillos de la calle y del ritmo de la Macumba. Vivía en “Rocinha”, una de las favelas más grandes de Brasil situada en la ladera de un morro en Río de Janeiro.

Su familia carecía de lo más básico. Sobrevivían gracias a las chapuzas de su padre y a lo que pagaban a su madre por trabajar de forma ilegal en la casa de un rico abogado de Ipanema. Tenía apenas siete años cuando empezó a hacer pequeños trabajos para hombres elegantes y bien vestidos, que a veces le ofrecían 100 reales, - lo que sus padres ganaban en una semana -, por llevar un paquete o hacer algún recado. En realidad, aquellos hombres que, en ocasiones, financiaban alguna cancha de fútbol en el barrio o incluso organizaban regalos para el Día del Niño, no eran otra cosa que traficantes y asesinos que trabajaban para el “Comando Vermelho”, la mafia que controlaba el narcotráfico en las favelas.

Se fue introduciendo poco a poco en la organización. Empezó primero actuando como vigilante mientras los demás daban un golpe o ajustaban alguna cuenta. Después empezó a participar él mismo en algunos robos y palizas, hasta que, finalmente, con sólo 15 años, pasó la prueba de fuego para convertirse definitivamente en uno de ellos.

Una mañana temprano, fueron a buscarle antes del amanecer. Eran dos de los “narcos” que conocía de algunos trabajos anteriores. Venían con sus motos, señal de que preparaban algo en la ciudad. “*Hoy te estrenas*” le dijeron. Simón sabía lo que aquello significaba y por un momento se sintió inquieto, pero pronto apartó cualquier duda de sus pensamientos. Le llevaron en sus motos hasta Copacabana. Después de aparcar, se dirigieron andando hasta la playa. No tardaron mucho en divisar a una pareja solitaria. Se trataba de una “piraña”, - así llamaban a las prostitutas -, de no más de catorce años, semidesnuda y acompañada de un gordo cincuentón rubio probablemente europeo.

Se aproximaron andando hacia ellos con descaro. Cuando llegaron a su altura, los compañeros de Simón, sin mediar palabra, sacaron sus pistolas y les apuntaron con ellas. La pareja quedó paralizada por el miedo. El mayor de los asaltantes se acercó a Simón y le susurró al oído “*encárgate*”, pasándole su pistola. Simón no titubeó, se acercó al hombre y apuntándole al rostro le disparó a bocajarro. La cabeza explotó como una fruta madura. Regueros de sangre y restos de masa cerebral cayeron sobre la aterrorizada chiquilla que no dejaba de chillar. Los compañeros de Simón se acercaron a ella y tapándole la boca la arrojaron al suelo. La golpearon brutalmente hasta dejarla sin sentido. Simón miraba perplejo al cadáver del hombre intentando asimilar lo que acababa de hacer, mientras sus compañeros violaban a la inconsciente mujer. “*La próxima vez será más fácil*” le dijeron. Y así fue.

- Esa época se acabó cuando nos conociste – la voz un tanto estridente del Perfecto, que parecía haberle estado leyendo el pensamiento, le devolvió a la realidad -. Te enseñamos nuestro camino y escogiste seguirnos libremente. Incluso cambiaste tu nombre por el de Simón dejando tu pasado atrás. Recuerda que pronto serás un Hombre Bueno.

Simón recordó la solemnidad con que renunció a su vida anterior. Escogió el nombre de Simón por Simón el Zelote que, como él, había sido un asesino antes de convertirse en discípulo de Jesús.

- ¿El periodista ha quedado preparado?

- Dispuse todo como lo planeamos y al terminar el trabajo me quedé fuera, frente al hotel. Cuando el tipo despertó actuó tal como lo habíamos previsto. Prefirió limpiar el lugar y largarse para que no le incriminaran. Le vi media hora después. Salió a toda prisa, parecía bastante nervioso y desde luego no había llamado a la policía -, contestó Simón con aire satisfecho, esbozando una tímida sonrisa.

- La carne del hombre, como corrupta que es, es débil. Predecir su manera de actuar fue sumamente sencillo. Esperemos que a partir de ahora siga el camino que hemos trazado para él y que nos llevará a la salvación a todos. Ahora debemos prepararnos para el siguiente paso.

Simón se arrodilló lentamente mientras el Perfecto, a su vez, también lo hacía, dispuestos los dos a comenzar una silenciosa a plegaría.

9

Cuando Xavier Miralles recibió el aviso por radio ordenándole que aplazase lo que estuviese haciendo y se dirigiese urgentemente al hotel Fira Palace, supo que no se trataba de una llamada usual. Esta vez no iba a enfrentarse al típico incidente de violencia doméstica o al ajuste de cuentas entre camellos a los que estaba habituado. Con cierta expectación dirigió su coche hacia el hotel.

Cogió su teléfono móvil del salpicadero del automóvil y marcó rápidamente el teléfono de su casa. Sabía que si algún mosso d'esquadra le veía ahora, posiblemente le multaría, pero no dudaba de que su carné de inspector de policía eliminaría la sanción como el mejor detergente contra las infracciones de tráfico.

- ¿Sí? – contestó una voz femenina al otro lado del auricular.

- Soy yo, Fati – contestó Miralles utilizando el apodo que pusiese a su mujer, Fátima, hace ya catorce años. Entonces, ella era una chica presumida y muy delgada que siempre se quejaba de que estaba gordísima, por lo que a Miralles le parecía cómico llamarla Fati, y él era un simple oficial de policía con pocas ambiciones. A veces echaba de menos aquella época, aunque sus funciones eran más rutinarias tenía un horario más estable y bastantes menos responsabilidades.

Ella fue el principal motivo que le impulsó a esforzarse para conseguir promocionar en el cuerpo de policía. Sus tareas fueron haciéndose cada vez más complicadas y sus horarios más largos a medida que ascendía por promoción interna. Tras cinco años alcanzó la subinspección, lo que trajo consigo una mejora sustancial de sus emolumentos, dándole el empujón definitivo para casarse por fin con Fátima y encargarse de sus dos retoños. El mayor tenía ya siete años y al pequeño le faltaba menos de un mes para cumplir los seis.

Después de otros cinco años como subinspector, por fin alcanzó la escala ejecutiva y fue nombrado inspector. Miralles se sintió apesadumbrado al recordar la alegría de Fátima cuando se lo dijo, y como

aquella ilusión por formar un hogar y labrar su propio camino, se había tornado en continuos reproches por su cada vez mayor alejamiento de su familia por culpa del trabajo. Sabía que se estaba perdiendo la educación de sus hijos, pero, ¿qué podía hacer?

- ¡No me digas que no vienes a comer! ¿Qué ha pasado? – la voz sonaba muy enfadada a través del auricular -. Hace un momento me has llamado diciendo que venías de camino.

- Aún no lo sé. Me han llamado hace un segundo y me han pedido que vaya inmediatamente a un hotel del centro. Creo que es algo importante.

- ¿Vendrás a cenar? – el tono de la mujer se había transformado, parecía resignada.

- No lo sé, espero que sí – contestó Miralles con escaso convencimiento ya que sabía que si era un caso importante, las primeras horas de investigación serían cruciales. Lo más probable es que le tocase quedarse toda la noche y cenar uno de esos fantásticos sándwiches de pollo frío y salsa desconocida de las máquinas expendedoras de la comisaría.

El inspector se despidió de su mujer justo cuando a lo lejos divisaba el vestíbulo del hotel. A la entrada se agolpaba una marabunta de coches de policía nacional y de mossos d'esquadra, además de una ambulancia, cuya sirena no paraba de sonar. Definitivamente no iba a poder cenar en casa.

10

- ¿A dónde? – preguntó el taxista con voz cansina, mientras encendía el taxímetro, sin apenas prestar atención al hombre que acababa de subir a su vehículo con aspecto nervioso.

El primer impulso de Gabriel cuando salió del hotel fue ir al aeropuerto dispuesto a volverse a Madrid en el primer vuelo que encontrase. Pero se arrepintió inmediatamente al recordar el puñal que tenía en el bolsillo y el cadáver que yacía en la habitación del hotel que acababa de dejar atrás, esperando que la policía lo encontrase y comenzase a hacer preguntas. No tardarían mucho en buscarle ya que su entrevista con Ramalla era del dominio público. Pronto se darían cuenta de que había sido el último en verle con vida y estarían muy interesados en hablar con él.

Gabriel sabía que necesitaba ayuda y además conocía la persona perfecta a quien acudir, pero a pesar de todo, le costaba dar el paso. Tras reflexionar unos instantes, decidió que no era el momento de viejos rencores. Aún sintiéndose en cierto modo humillado, decidió pedir ayuda a su tío Sebastián King.

- Al barrio gótico por favor – indicó finalmente Gabriel hundiéndose en el asiento del vehículo.

Los recuerdos de su infancia empezaron a agolparse en su memoria. Rondaba los catorce años y aún vivían en Barcelona, cuando una tarde se dio cuenta de que algo andaba mal. Su padre llegó de la oficina muy tarde, casi a la hora de cena. Aquello no hubiese sido inusual si no hubiese aparecido extrañamente cabizbajo. Le saludó con un susurrado “*Hola hijo*” y se encerró en su despacho. Su madre surgió de la cocina como una exhalación y se introdujo también en el despacho tras él. Gabriel se acercó a la puerta e intentó escuchar lo que pasaba pero apenas pudo captar algunas palabras sueltas. Cuando salieron de la habitación, su padre y su madre se comportaron con normalidad, pero Gabriel se dio cuenta de que estaban representando un papel. Algo les preocupaba profundamente.

El siguiente episodio ocurrió dos días más tarde. Su padre había dejado de ir al trabajo, según dijo porque no se encontraba bien. Gabriel llegó del colegio y encontró un coche patrulla en la puerta de su casa. Cuando se acercó asustado a la entrada, su padre salía por ella acompañado por dos oficiales de policía. Gabriel les miró confundido, notando preocupado como los agentes le observaban con cierta conmiseración. Su padre se acercó hasta él para decirle que no sucedía nada, que se trataba sólo de una confusión que debía aclarar en comisaría. La mirada de su padre se le quedó grabada en la retina, reflejaba una impotencia, desesperación y vergüenza que jamás había visto en su rostro antes. Esa misma noche, tras comprender que su padre no volvería, su madre le explicó que acusaban a su padre de haber realizado un desfalco en el banco para el que trabajaba. Su madre le aseguró que aquello no era cierto que era una maniobra de la competencia para sacarle del consejo de dirección. Le dijo que su tío, Sebastián King, se encargaría de aclarar todo ante el juzgado y que su padre pronto estaría en casa de nuevo. Aquello le tranquilizó sobremanera. Su tío no sólo era para él casi un segundo padre, sino que además era uno de los mejores abogados de Barcelona.

Sin embargo, aquella tranquilidad se tornó en confusión y desesperación, cuando casi un mes después encontró a su madre llorando.

- ¿Qué pasa mamá? – preguntó Gabriel muy asustado.

- No lo entiendo, no lo entiendo...- murmuraba entre sollozos su madre.

Su madre se levantó enjugando sus lágrimas y tras acercarse a él le abrazó con fuerza.

- Tu tío se niega a llevar la defensa de papá.

- ¿Por qué? – Gabriel no podía creer lo que estaba oyendo.

- Me ha llamado hace un rato. Me ha dicho que no puede llevar la defensa. Tras estudiar el caso cree que no está lo suficientemente preparado para hacerlo y me ha recomendado a otro abogado.

- Quizá sea verdad – repuso Gabriel intentando tranquilizar a su madre y justificar de alguna manera la extraña decisión de su tío.

- ¡No, no lo es! – exclamó su madre sin poder contener la furia que sentía en su interior –. Nadie puede estar mejor preparado que él para defender a tu padre. Lo que ocurre es que se ha dado cuenta de que es un caso complicado y difícil de ganar. Supongo que ha temido lo que podría suceder con su reputación si perdía el juicio. No sólo porque su capacidad de abogado de prestigio se vería puesta en duda, sino por encima de todo porque se vería arrastrado por el desprestigio de que su propio hermano fuese condenado por realizar un desfalco millonario.

Tras romper toda relación con su tío Sebastián, su madre buscó por sí misma un nuevo abogado, el mejor que pudo pagar con los ahorros que tenía. Un año después se celebró el juicio y ocurrió lo que más temían. Su padre fue condenado en la Audiencia de Barcelona “...por un delito continuado de apropiación indebida a seis años de prisión, a la inhabilitación para el desempeño de profesión relacionada con la administración y dirección de empresas, durante el tiempo de la condena, y a indemnizar al Banco Nacional de Crédito en la cantidad de cinco millones de euros”.

Aquello fue un golpe demoledor para Gabriel. Todo su mundo se derrumbó alrededor suyo, no sólo su padre pasó a ser un convicto al que apenas veía los fines de semana, sino que además su madre tuvo que vender la casa en la que vivían para hacer frente a todos los pagos derivados del juicio. Se trasladaron a una casa más modesta en el sur de Madrid en régimen de alquiler mientras su madre buscaba un nuevo trabajo. Gabriel tuvo que cambiar el instituto de pago al que estaba acostumbrado por otro público, perdiendo casi todos sus amigos en el proceso. Pero aquello era sólo el principio del vía crucis que les tocaba vivir.

Tras dos años de lucha por conseguir salir adelante y cuando parecían estar recuperándose, su madre había desempolvado su título de Ingeniería Textil y trabajaba como comercial para una importante empresa de la capital, recibieron la terrible noticia. Su padre había sufrido un aneurisma cerebral en prisión. Se encontraba paseando en el patio de la cárcel cuando cayó al suelo fulminado, la muerte fue prácticamente instantánea. Cuando Gabriel se enteró de lo sucedido sintió un profundo vacío en su interior. Sorprendentemente, no fue la tristeza la emoción que le embargó con mayor fuerza, sino la rabia, rabia por la cobardía de su propio tío que le había privado de la compañía de su padre. Notó como la garganta comenzaba a arderle y el vómito se apoderaba de ella. Hasta ese día había guardado en su interior la oculta esperanza de que la actitud de su tío se debiese a algún motivo justificado, pero en aquel momento comprendió que para él acababa de morir no sólo su padre sino también su tío Sebastián King.

Gabriel volvió en sí de sus recuerdos con un amargo sabor de boca. Tragó saliva y se esforzó por alejar la nostalgia de su mente y centrarse en su problema actual. Recordó que había algo que tenía que hacer antes de ir a casa de su tío. Buscó en el bolsillo de su chaqueta y extrajo su teléfono móvil. Con nerviosismo consultó en su agenda hasta encontrar el número que buscaba y pulsó la tecla de marcar.

- ¿Sí? – contestó una voz masculina.

- Hola Iván, soy Gabriel.

- ¡Hombre!, ya te estaba echando de menos. ¿Qué te has cargado ahora?

Iván Medeiros era el técnico informático que solía encargarse del mantenimiento de los equipos de las oficinas de la revista en la que trabajaba Gabriel. Había llegado a mantener una buena amistad con él, gracias a su proverbial torpeza con los ordenadores, que le obligaba a llamarle de forma frecuente para que le echase una mano con el PC que tenía en casa.

- Esta vez es algo un poco diferente. No sé si podrás ayudarme – comentó Gabriel.

- Me encantan los retos. Explícame de que va el rollo, pero habla un poco más alto, me llega tu voz como si hablaras desde Singapur. Te he dicho mil veces que cambies esa mierda de móvil.

- Prometo comprarme el que tú me digas si me ayudas con este tema – contestó Gabriel, que no tenía intención alguna de cumplir su promesa, pero tampoco de aguantar ahora una interminable disertación

sobre los distintos tipos de móviles y sus peculiaridades tecnológicas -. Se trata de la grabadora digital que suelo llevar conmigo en las entrevistas. Me temo que le he dado un golpe muy fuerte y ha quedado casi destrozada. Necesitaría que recuperases las grabaciones que tengo guardadas en ella. ¿Crees que será posible?

- Depende del daño. Esas grabadoras almacenan los datos en chips de memoria, si estos no han sido dañados y sabiendo el algoritmo con el que son grabados quizá pueda conseguirlo. Por otro lado podría intentar comprar otra grabadora igual y sustituir los circuitos dañados, la mecánica y...

- No hace falta que me des más explicaciones – le interrumpió Gabriel impaciente conociendo la capacidad de Iván para perderse en divagaciones infinitas – Sólo inténtalo.

- Muy bien, pero espero que no te corra mucha prisa porque va a llevar su tiempo.

Gabriel creyó detectar cierto tono de reproche en la respuesta de Iván.

- Perdona que te haya cortado así – se disculpó Gabriel. – Estoy un poco nervioso. No puedo explicártelo ahora, pero esto es muy importante. Necesito que intentes hacerlo lo más deprisa que puedas. Si consigues algo quiero que me llames al móvil inmediatamente. Te mandaré la grabadora por correo urgente.

- En cuanto llegue me pondré con ella y no te preocupes tanto. Sea cual sea el problema ya sabes el dicho: *“Si puedes hacer algo, ¿por qué te preocupas? y si no puedes hacer nada, ¿por qué te preocupas?”*

El tono de Iván había vuelto a ser tan jovial como al principio. Gabriel se despidió del técnico con un saludo.

- Por favor – dijo al conductor -. ¿Podría pasar por alguna Oficina de Correos cercana? Necesito realizar un envío urgente.

- Claro, hay una no muy lejos de aquí.

11

Tras terminar sus gestiones en la Oficina de Correos, Gabriel reanudó con impaciencia su viaje en taxi hasta su destino definitivo; la calle “Carrer de la Tapinería”.

Gabriel reconoció el lugar de inmediato aunque no había vuelto allí desde hacía más de veinte años. Recordaba con claridad las palabras

de su tío, cuyos conocimientos en su niñez le parecían infinitos, mientras paseaban por aquellas mismas aceras donde parecía haberse congelado el tiempo.

- ¿Sabes de dónde viene el nombre de esta calle Gabi? - le preguntó su tío estrechándole fuertemente la mano.

- No tengo ni idea – Gabriel miró a los ojos de su tío que centelleaban con aquel brillo especial que precedía una de sus habituales explicaciones didácticas.

- El nombre de la calle tiene su origen en los tapines.

- ¿Qué son los tapines?

- Eran una especie de sandalias de corcho forrado de cuero y recubiertas de tejido. Solían usarlo las mujeres en la Edad Media. Con el tiempo esta calle se convirtió en la calle de los zapateros.

Gabriel pagó al taxista y se bajó del automóvil con rapidez. Contempló la calle y le pareció más estrecha de lo que recordaba. Sin embargo, los grandes edificios que flanqueaban los laterales eran tal y como su mente los evocaba. Respiraban esa elegancia y solemnidad que sólo los edificios más antiguos son capaces de transmitir.

En la acera, un hombre, sentado sobre un viejo mantel raído y vestido con ropa sucia y descolorida, tocaba en un violín brillante de caoba, que parecía un extraño anacronismo en sus manos. Interpretaba una pieza clásica con la maestría propia de un auténtico concertista. La gente pasaba por su lado con indiferencia, la mayoría dispuestos a gastar una cantidad indecente de dinero en un concierto del último ídolo pop y a no dar un triste céntimo por un recital de Tchaikovski en plena calle. Gabriel supuso por su aspecto que seguramente se trataba de uno de los múltiples inmigrantes del Este, que últimamente invadían las calles de España, ávidos de oportunidades para acceder a un mundo mejor, con el aval de una formación envidiable y unas condiciones de vida en sus países de origen simplemente insostenibles. La mayoría no sabía que al pasar la frontera se encontraban destinados al negocio de la construcción, los más afortunados, y a la mendicidad, los menos, como aquel desdichado. Gabriel, se acercó y depositó, sobre un plato de plástico amarillento junto a los pies del músico, el dinero suelto que llevaba en el bolsillo, a lo que el violinista respondió con una sonrisa. Algunas cosas cambiaban con el tiempo pero otras simplemente mudaban el rostro.

Gabriel continuó su camino acercándose a un edificio de color amarillo pálido que conocía muy bien. Era un edificio de principios de siglo. En su parte inferior, una joyería y un restaurante flanqueaban su

enorme portal de hierro forjado. Encima de dicho portal y encuadrada por balcones de pequeñas dimensiones, una enorme terraza acristalada marcaba el lugar donde se encontraban las oficinas del despacho de su tío, y justo encima de ella, otra terraza de iguales dimensiones pero sin cerrar señalaba la vivienda particular de éste.

Gabriel se acercó al portal con cierta aprensión. La puerta se encontraba abierta. La entrada era tan grande como recordaba. El suelo y las paredes estaban cubiertas de mármol blanco immaculado. En el lateral derecho se encontraba la portería. Gabriel distinguió en su interior a un anciano menudo sentado en una butaca, que leía distraídamente el periódico del día.

- ¡Hola, buenos días! – saludó Gabriel.

El portero levantó la mirada un tanto azorado al verse sorprendido tan abstraído en la lectura del diario. Al ver a Gabriel y comprobar que no era ninguno de los vecinos del inmueble pareció tranquilizarse.

- ¿En qué puedo ayudarle?

- Buscó al Sr. King. Me preguntaba si podría usted indicarme si se encuentra en su despacho o en su vivienda particular.

- Se ve que hace mucho que no viene por aquí. – replicó el anciano.

El portero extrajo unas gafas del interior de un estuche que guardaba en el bolsillo de la chaqueta y comenzó a limpiar los cristales con un pañuelo.

- Si quiere ver al Señor Sebastián King lo encontrará en su casa. Hace ya varios años que dejó el despacho en manos de su socio.

Gabriel no sabía nada de que su tío no ejerciese ya la abogacía, pero lo que era aún más sorprendente, es que tampoco conocía la existencia de ningún socio. De hecho recordaba muy bien las largas charlas de su tío explicándole las inmensas ventajas de la profesión de abogado, con la oculta esperanza de que él heredase el negocio. “*Serás un fantástico abogado y el despacho será tuyo*”, solía decirle medio en broma medio en serio. Seguramente su ruptura con la familia le había obligado a buscar un heredero en otro sitio.

- ¿Le ocurre algo? – le preguntó el portero, que con las gafas por fin puestas le miraba con aire extrañado.

- No, es sólo que no sabía que mi tío tenía un socio.

- ¡Claro! – exclamó el anciano con una sonrisa mientras se acercaba al sorprendido Gabriel para estrecharle con fuerza la mano –. Ahora le recuerdo. Usted es el pequeño Gabi. ¿No se acuerda de mí? Soy Gregorio. Ya era el portero cuando venía usted por aquí.

Al oír aquel nombre nuevos recuerdos acudieron a la mente de Gabriel, que mirando al anciano vio, como en un “morphing”, como su rostro rejuvenecía hasta alcanzar el aspecto del hombre al que recordaba por su gran amabilidad y encanto. Siempre tenía una sonrisa en la cara y una broma que gastar para la chiquillería, como él decía, que pasase por su portal. Ahora, sin embargo, los surcos de una vida no muy fácil habían dejado ondas marcadas en su arrugado rostro, cambiando su gesto eterno de simpatía por otro de profunda amargura y melancolía.

- Claro que me acuerdo - exclamó Gabriel. - Siempre que pasaba por la portería me daba algún caramelo. Recuerdo cuando echábamos pulsos, siempre se dejaba ganar – también recordó con una punzada de culpa que le había bautizado Igor, mote que se había extendido tanto entre los vecinos, que algunos incluso dudaban a la hora de dirigirse a él - ¿Qué tal le ha tratado la vida?

- Mi mujer murió hace dos años – los ojos del anciano brillaron y comenzaron a desenfocarse intentando alcanzar un lugar situado más allá de su visión.

- Lo siento de veras – le contestó Gabriel azorado por haberle hecho recordar un tema así.

- No se preocupe. Fue casi una liberación..., llevaba mucho tiempo enferma. Pero en fin, eso es agua pasada y, ya sabe, no mueve molinos. ¿Y usted qué..., está casado?

- Digamos que todavía no he encontrado a la mujer adecuada.

- Quizá sea ella la que deba encontrarle a usted, pero no deje de intentarlo. Cuando somos jóvenes parece muy apetecible estar solo y hacer lo que queremos, llevar una vida independiente y todo eso. Pero cuando alcanzamos cierta edad, le aseguro que no hay nada peor que encontrarse solo.

Los ojos del anciano se humedecieron y una sombra de tristeza ensombreció su rostro. Gabriel sintió que era mejor intentar zanjar la conversación.

- Creo que voy a subir a ver a mi tío antes de que empiece a divagar sobre mis líos de faldas – Gabriel esbozó una sonrisa intentando animar al anciano. - Quizá nos veamos más tarde y podamos charlar más

tranquilamente -. Los dos hombres se despidieron con un nuevo apretón de manos.

12

Gabriel comenzó a subir por las escaleras ya que el edificio no contaba con ascensor. Pasó por el primer piso, donde una chapa metálica con la inscripción “Bufete King y Asociados: Derecho Mercantil, Civil y Penal”, anunciaba que tras la lujosa puerta de madera se encontraba el despacho de de su tío, ocupado ahora por su nuevo socio. Siguió subiendo por las angostas escaleras hasta alcanzar el primer piso. Se dirigió hacia la puerta que recordaba perfectamente de su niñez y, no queriendo darse tiempo para pensar en lo que iba a hacer, pulsó el timbre.

Se oyeron unos pasos apresurados seguidos de un instante de silencio, por lo que Gabriel supuso que estaba siendo minuciosamente observado a través de la mirilla. Tras la aparente aprobación de quien le observaba, la puerta se abrió para revelar a Gabriel el rostro avejentado de una mujer bien entrada en los cincuenta, que con el ceño fruncido le escrutaba de arriba abajo.

- Buenas tardes. Soy Gabriel el sobrino de Sebastián King. Espero que esté en casa.

- No sabía que tuviese ningún sobrino – repuso la mujer con el rostro iluminado por la sorpresa y aparentemente no muy dispuesta a dejarle entrar.

Desde el interior de la casa surgió una voz que Gabriel reconoció de inmediato.

- Déjale pasar mujer. Dice la verdad. Es mi sobrino no un psicópata atraca ancianos.

Gabriel pasó al interior de la vivienda. La mujer le condujo por el pasillo hasta el despacho de su tío. En su interior, sentado tras un enorme escritorio de caoba repleto de un mar de papeles, se encontraba su tío. Su frente se había visto prolongada por unas grandes entradas, el pelo se había vuelto de color ceniza y unas grandes bolsas surgían de sus párpados, acompañadas de gran número de arrugas. Sin embargo, la expresión de la mirada que asomaba, tras pliegues de piel lacia y pestañas blanqueadas, era tan acogedora y afable como hacía veinte años.

- Ven aquí – le dijo con una gran sonrisa – deja que te vea.

Gabriel se acercó a él un tanto extrañado de que no se levantara a recibirlo. Cuando bordeó el escritorio, unas enormes ruedas a los lados de la silla de su tío le despejaron la incógnita. Su tío le abrazó con fuerza, pero Gabriel apenas le devolvió el abrazo ya que no podía olvidar que aquel hombre les había abandonado a su madre y a él cuando más le necesitaban. Tras unos instantes de silencio los dos hombres se soltaron. Gabriel vio que los ojos de su tío mostraban esa luz especial de quien está sinceramente emocionado, lo que bajó definitivamente la defensa de indiferencia que torpemente intentaba interponer entre los dos.

- ¿Qué te ha ocurrido?

Su tío le miró confundido por un instante, luego siguió la mirada de Gabriel hacia sus piernas y se dio cuenta de a qué se refería.

- Perdona, no me daba cuenta de que no lo sabías. ¡Llevamos tanto tiempo sin vernos! Es esclerosis múltiple. Según me explicaron mis células inmunes atacan a mi sistema nervioso, lo que va deteriorándolo progresivamente. Hace unos años, a pesar de que lo retrase cuanto pude, tuve que recurrir a la silla de ruedas. Ahora se ha convertido en una parte más de mí y a penas le prestó atención. Pero no te preocupes, parece que he tenido suerte, en mi caso la enfermedad progresa muy despacio. Espero morirme de viejo antes que de esto – Sebastián acompañó sus palabras de unas fuertes palmadas a los brazos de la silla, intentando demostrar una fuerza y seguridad que el ligero temblor que se percibía en sus manos desmentía.

- Supongo que por eso has dejado el despacho en manos de tu socio. ¿Has dejado totalmente la abogacía o sigues ejerciendo desde aquí?

- Siempre quise que el bufete fuera tuyo. ¡Me hubiese gustado tanto que tú hubieses sido mi sucesor! – el tono del anciano era de pesadumbre y resignación – pero no pudo ser y tuve que buscar ayuda. ¿Recuerdas a Mario? Es un joven pasante el último verano que estuvisteis aquí.

Gabriel asintió con la cabeza. Apenas le trató, pero le recordaba bien por su seriedad inalterable y su semblante altivo, más cercano al aspecto estereotipado que se espera de un noble descendiente de una antigua familia europea, que al de un simple abogado recién licenciado en la facultad.

- Le tuve más de dos años de pasante. Realizó un trabajo impecable por lo que fui, poco a poco, dándole trabajos de mayor calado. La verdad es que ha demostrado ser un abogado excelente. En vista de mi enfermedad y consciente de que estaba empezando a calibrar sus

posibilidades de montar su propio negocio, decidí no dejarle ir y le hice socio del despacho. Desde entonces somos “King & Asociados”. Cuando tuve que usar la silla de ruedas dejé todo en sus manos. Ahora ayudo en la preparación de algunos casos desde aquí, pero Mario lleva todo lo demás y lo hace realmente bien. De todas maneras siempre he soñado con que algún día te hicieras cargo de esto.

- Sabes que eso es imposible. Nunca me gustó el derecho, además desde que nos dejaste he pensado que es una profesión despreciable.

La respuesta de Gabriel salió de su boca con la presión contenida del tapón de una botella de Champagne. Llevaba tanto tiempo con aquellos reproches en su interior que surgieron de él casi con vida propia, sin el control de su voluntad. Había visto esa escena en su mente cientos de veces, pero no de aquella manera. Siempre imaginó que un día su tío se presentaría ante él dispuesto a pedirle perdón y que entonces él aprovecharía para reprocharle todo lo que les había hecho. Sin embargo era él quien había ido a la casa de su tío y eso lo cambiaba todo. Ahora no parecía muy apropiado llenar de reproches a alguien a quien había venido a pedir ayuda.

- Gabriel – le dijo su tío con tono calmado – ¿Por qué has venido a mi casa? No creo que hallas cruzado el puente aéreo sólo para venir a recordarme lo despreciable que crees que soy.

Gabriel se dio cuenta de que aquél no era el mejor momento para discutir con su tío sus problemas familiares. Lo importante ahora era lo que había ocurrido en el hotel, ya tendría tiempo más tarde de sacar aquella conversación de nuevo.

- Lo siento, no he podido evitarlo. He venido porque necesito tu ayuda. Ceo que estoy metido en un lío bastante grande y no sé por dónde empezar a deshacer la madeja.

Gabriel, que había estado durante toda la conversación de pie, se sentó pesadamente en una de las sillas del despacho frente a su tío y empezó a contarle lo que había ocurrido esa mañana.

El relato de Gabriel fue lo más detallado posible. Le contó hasta el más mínimo detalle que recordaba. Al finalizar se sintió como si un enorme peso encima de sus hombros hubiese desaparecido o por lo menos disminuido mucho su carga. La cara de su tío pasó del interés inicial al espanto y finalmente a la reprobación.

- ¿Cómo has podido actuar así? ¡Lo has complicado todo! – Sebastián King estaba tan indignado, que parecía estar a punto de recuperar la capacidad de andar y levantarse de la silla – No debiste huir

de allí y mucho menos limpiar tus huellas de la habitación. Tenías que haber llamado a la policía y haberles contado todo lo ocurrido. Puede que ahora estuvieses en la cárcel, pero podría defenderte mejor desde allí y con la verdad por delante, que ahora libre, pero con una mentira enorme a tus espaldas. Las mentiras se derrumban como un juego de naipes y cuando la tuya lo haga, lo único que verá la policía detrás será a ti y ya no querrán oír nada de lo que les quieras decir.

Por un momento Sebastián King cerró los ojos y apoyó su rostro sobre sus manos, apoyando sus brazos en la suave superficie de madera de la mesa. Tras unos instantes de reflexión volvió a erguir el torso, con un aspecto ahora más calmado.

- ¿Cómo dijiste que se llamaba el falso periodista? – preguntó al fin.

- Roberto Jiménez. Dijo trabajar para la revista “Mundo Misterioso” – afortunadamente Gabriel disfrutaba de una memoria para los nombres excelente.

- Bien, ese es un buen punto de partida, aunque lógicamente será un nombre falso – Sebastián King se sumió en un mutismo absoluto mientras se concentraba y el abogado dentro él surgía empezando a evaluar con frialdad la situación.

Gabriel se dio cuenta, al relatar lo sucedido, hasta que punto había actuado de forma irracional. Parecía casi como si hubiese sido otra persona la que tomaba las decisiones por él. Todo aquello empezaba a parecerle más un sueño que algo ocurrido realmente.

- ¡Está bien! – exclamó su tío, que parecía haber terminado con sus elucubraciones –. Al salir de la habitación la has fastidiado bien. Ahora no hay más remedio que intentar tirar hacia delante con tu mentira y esperar que la policía encuentre al verdadero asesino, pero para ello habrá que mentir una vez más. La policía te localizará en las próximas horas. Tendrás que ir a declarar. Les contarás la entrevista con Ramalla como sucedió de verdad, pero añadirás algo más. Les dirás que al terminar la entrevista te cruzaste en el pasillo con el supuesto Roberto Jiménez, de esta forma nos aseguraremos que la policía lo investigue. Contarás que te fuiste de la habitación dejándole con Ramalla. Después viniste aquí porque tenías ganas de verme después de tanto tiempo y pensaste en aprovechar el viaje. Supongo que esto último será lo que más te cueste – Sebastián King esbozó una mueca de ironía en su rostro –. Tendrás que llamar a tu trabajo y decirles que necesitas quedarte unos días en Barcelona. En cuanto a tu ropa, hemos de eliminar todo rastro extraño en

ella. Le pediré a Marta que te deje algún traje mío para que puedas cambiarte. Después intenta quitar las manchas más llamativas de tu traje en el baño con agua y jabón para que podamos mandarlo a la tintorería. ¿Estás de acuerdo en que lo hagamos así?

- Sí, claro – respondió Gabriel aturdido -. Llamaré ahora mismo a la revista.

- Espera..., no te precipites. Lo que tienes que hacer es reconstruir en tu mente todo lo que te he dicho como si fuese verdad. Quiero que lo recrees en tu cerebro tantas veces que prácticamente llegues a creértelo. La principal manera que tiene la policía de saber si mientes es pillarte en contradicciones preguntándote lo mismo desde ángulos distintos, por eso quiero que para ti lo que les digas sea la verdad. ¡Nunca creí que a mis años me vería intentando engañar a la policía!

Sebastián King movió con dificultad su silla de ruedas. Tras salir de detrás de su mesa se acercó a Gabriel, que mostraba un aspecto bastante abatido.

- Gabi – le dijo utilizando el mismo apodo de cuando era pequeño mientras masajaba cariñosamente su pelo moreno – Se que crees que dejé tirado a tu padre cuando más me necesitaba, pero no fue eso lo que ocurrió. En todo caso, te pido que me creas cuando te digo que a ti no te dejaré. De una forma u otra averiguaremos quien ha hecho esto y por qué. Ahora vete a descansar un rato a tu habitación, seguro que aún la recuerdas, e intenta relajarte.

Gabriel miró a su tío y comprendió que en el fondo no había nada que deseara más que poder confiar en él de nuevo. Después de todo, no podía evitar ver tras el brillo de sus ojos la mirada de su propio padre.

13

La habitación era muy amplia. Tenía su propio cuarto de baño con plato de ducha en el interior. La cama era distinta, pero el resto estaba igual que lo recordaba, los mismos muebles y cuadros adornaban la estancia. Cuando tenía catorce años le había parecido demasiado oscura y seria, siempre se empeñaba en mejorarla con algún póster de superhéroes. Ahora, sin embargo, aunque un poco clásica, la decoración se ajustaba bastante a su gusto actual.

Tras llamar de forma decidida a la puerta de la habitación, Marta, la asistente, penetró en la estancia llevando en sus manos el traje nuevo que su tío le había prometido. Gabriel creyó ver aún en su mirada cierta

desconfianza hacia él. Cuando la mujer salió de la habitación, observó con detenimiento la ropa depositada sobre la cama. Había una camisa de algodón de color blanco impoluto junto con una chaqueta y pantalón negros muy elegantes, pero totalmente distinto a su estilo habitual. Tendría que decir adiós a sus pantalones vaqueros de toda la vida y vestirse como un auténtico abogado. Resignado decidió darse una ducha y cambiarse cuanto antes de ropa. Arrojó la chaqueta que llevaba encima de la cama, dejando al descubierto su camisa, cuyas mangas mostraban aún claros rastros de sangre ahora más oscurecida. Sin poder evitar un estremecimiento al pensar en la procedencia de aquellas manchas, se quitó rápidamente la camisa y la puso en remojo en la pequeña pila del baño.

Se quitó el resto de la ropa y se introdujo en la ducha. El agua fría tuvo sobre él un efecto tonificante, las fuerzas parecieron volver a su cuerpo poco a poco. Su mente más sosegada comenzó a revivir una vez más los sucesos de la mañana. Por primera vez pudo reflexionar sobre lo ocurrido de forma calmada y desapasionada. La imagen del puñal homicida se hizo de pronto vívida en su mente. Una sensación de premura se apoderó de él impulsándolo a examinarlo inmediatamente.

Terminó de ducharse y se vistió con su nueva ropa. El traje le sentaba como un guante, la talla de su tío y la suya propia, debían ser idénticas. Depositó el maletín en la cama y lo abrió con cierta inquietud. El arma brilló con fuerza al golpear la luz el bruñido metal de su superficie. Gabriel lo cogió con cuidado y comenzó a examinarlo con fascinación.

La hoja era de acero perfectamente afilado y presentaba un grabado en su centro en forma de trenzado de dos hilos. La empuñadura, de plata, mostraba en su extremo una zona esférica en cuyo interior se encontraba grabada una cruz cuyos brazos se ensanchaban en los extremos. Gabriel la identificó inmediatamente como la cruz templaria. El resto del mango estaba profusamente labrado con figuras de hojas y ramas entrelazadas, atravesadas en algunos sitios por franjas que mostraban el mismo dibujo de la hoja. Los gavilanes ligeramente curvados de la empuñadura estaban decorados de igual forma y en cada extremo mostraban un escudo partido por una línea en dos mitades. En el centro, donde se juntaba la hoja con el mango, se encontraba un nuevo dibujo enmarcado en un círculo y rodeado de filigranas, se trataba dos caballeros armados con escudo y subidos juntos en un solo caballo. Aquel era uno de los símbolos templarios más habituales en iglesias y catedrales europeas. Gabriel estaba realmente intrigado. Giró el cuchillo sobre su mano, pudiendo comprobar que ambas caras eran idénticas.

Una fuerte inquietud en forma de escalofrío comenzó a recorrer su espina dorsal. Aquel puñal de claro diseño templario daba una nueva dimensión al asesinato de Ramalla. Quien quiera que lo hiciese, había dejado un mensaje a través de él, un mensaje de claro contenido histórico. Gabriel nunca había creído en la casualidad, sólo en la probabilidad, y la probabilidad de que por azar precisamente él, un historiador, fuese el hombre implicado en esta extraña trama, se le antojó muy escasa. Gabriel comenzó a sospechar en aquel momento que quien hiciera aquello le había escogido a él de forma premeditada.

A media tarde, Gabriel llamó a la revista para justificar su ausencia. No parecieron sorprendidos de que prolongase de forma inesperada su permanencia en Barcelona durante algunos días. Afortunadamente, al ser una revista de periodicidad mensual los horarios de los articulistas solían ser bastante flexibles. Lo único que les importaba era que el artículo estuviese listo en la fecha acordada, para que pudiese entrar en maquetación a tiempo.

Gabriel se dio cuenta, no sin cierto asombro, de que en la revista aún no estaban enterados del asesinato de Ramalla, ya que de saberlo le hubiesen interrogado sobre el asunto exhaustivamente.

Durante el resto de la tarde y noche, estuvo pendiente de los informativos de la radio y de la televisión, pero tampoco ningún medio dio la noticia de lo sucedido. Su tío permaneció encerrado en su habitación casi toda la tarde. A la hora de cenar salió por fin de su habitación para compartir con él la comida que había preparado Marta. Tras la cena y con la asistenta acostada, Gabriel aprovechó para mostrar a su tío el puñal y contarle sus observaciones sobre él. Ambos estuvieron de acuerdo en que era necesario consultar con algún experto que pudiese ayudarles a averiguar el origen de aquella extraña arma. Después se dedicaron preparar concienzudamente la futura declaración de Gabriel. Su tío le preguntó, desde todos los puntos de vista hasta que consideró que sus respuestas tenían la suficiente coherencia para no levantar las sospechas de la policía. Cuando Gabriel pudo finalmente acostarse, lo hizo realmente agotado.